

CINCO TESIS SOBRE EL NACIONALISMO

Por FRANCISCO J. CONTRERAS

SUMARIO

1) EL NACIONALISMO NO ES UN *SENTIMIENTO* NATURAL Y UNIVERSAL, SINO UNA *DOCTRINA* POLÍTICA VINCULADA A CIERTA ÉPOCA HISTÓRICA.—2) EL NACIONALISMO DEFIENDE LA CORRESPONDENCIA BIUNÍVOCA ENTRE LAS NACIONES Y LOS ESTADOS.—3) EL NACIONALISMO ES FILOSÓFICAMENTE DÉBIL Y RUDIMENTARIO.—4) LAS IDENTIDADES NACIONALES NO VIENEN *DADAS* POR LA REALIDAD HISTÓRICO-SOCIAL, SINO QUE SON *CONSTRUIDAS* POR LA IDEOLOGÍA NACIONALISTA Y POR LOS ESTADOS.—5) EL «NACIONALISMO CÍVICO» NO ES NACIONALISMO.

Ha llegado a convertirse en un lugar común la constatación del *retour en force* del nacionalismo en la última década del siglo xx. La Guerra Fría opuso en el período 1945-89 a dos bloques multinacionales, inspirados por ideologías en principio «internacionalistas» (liberalismo y marxismo). No cabe sostener que el nacionalismo quedase totalmente marginado en esos años —de hecho, la descolonización de los 50-60 fue propiciada por los neonacionalismos tercermundistas—, pero sí se produjo una aparente atenuación de la pulsión identitaria, especialmente en el seno del bloque socialista. La inopinada desintegración de este último en 1989-92 permitió comprobar que las pasiones nacionales, lejos de ser superadas por el internacionalismo proletario, en realidad habían permanecido artificialmente hibernadas. Cuando estallaron, lo hicieron en algunos casos en forma sangrienta. Paralelamente, en el mundo occidental algunos movimientos nacionalistas se radicalizaban —en Quebec, en el País Vasco, en Córcega, en Flandes— y causaban problemas a sus respectivos Estados.

Tras su engañoso eclipse en la segunda mitad del siglo xx, el nacionalismo vuelve, pues, por sus fueros, y está aquí para quedarse. Los movimientos nacionalistas han influido decisivamente en la Historia de los siglos xix y xx, y parecen dispuestos a ser también actores principales en la del xxi. Detrás de una fuerza histórico-política de semejante magnitud cabría esperar

una doctrina poderosa, pregnante, compleja. Y, sin embargo, una de las características del nacionalismo es la paradójica desproporción entre su enorme potencia político-práctica y su endeble consistencia teórica: como ha hecho notar B. Anderson, el pensamiento nacionalista no ha producido nunca nada remotamente comparable a un Hobbes, un Tocqueville o un Marx (1). La doctrina nacionalista es en gran parte tácita: está hecha de sobreentendidos y de falsas obviedades. Ciertamente, no faltan los investigadores que han intentado explicitar —desde dentro o desde fuera del nacionalismo— esa teoría implícita: E. Gellner, E. Kedourie, H. Kohn, I. Berlin, A. D. Smith...; en España han hecho aportaciones valiosas, entre otros, J. Juaristi, A. Pérez Agote, A. de Blas, G. Jáuregui o L. Rodríguez Abascal. La frecuentación de sus obras me ha ayudado a madurar conclusiones propias sobre el nacionalismo. Las desgrano a continuación bajo la forma —que espero no suene grandilocuente o sentenciosa— de «tesis».

1) EL NACIONALISMO NO ES UN *SENTIMIENTO* NATURAL Y UNIVERSAL, SINO UNA *DOCTRINA* POLÍTICA VINCULADA A CIERTA ÉPOCA HISTÓRICA

En las investigaciones sobre el fenómeno nacionalista tiende a producirse una inquietante suplantación de la perspectiva *etic* (la del intérprete exterior, el «punto de vista externo» de H. L. A. Hart) (2) por la perspectiva *emic* (la perspectiva «interna», propia del protagonista del fenómeno estudiado) (3). Ello

(1) ANDERSON incluye esta desproporción en una enumeración de «paradojas del nacionalismo»: «The "political" power of nationalisms vs. their philosophical poverty and even incoherence. [...] Unlike most other isms, nationalism has never produced its own grand thinkers [...]» (B. ANDERSON: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2.ª ed., Verso, Londres-Nueva York, 1991, pág. 5. En un sentido similar H. SETON-WATSON: «As a doctrine, it [nationalism] is not very interesting [...]», *Nations and States: an Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Methuen, Londres, 1977, pág. 3.

(2) Sobre los puntos de vista «externo» e «interno» en HART, cf. H. L. A. HART: *The Concept of Law*, 10.ª ed., Clarendon Press, Oxford, 1979, págs. 86 y ss.

(3) El ejemplo clásico para ilustrar la distinción es: desde la perspectiva *emic*, el significado o finalidad de la danza tradicional practicada por cierta tribu es propiciar la lluvia; desde la perspectiva *etic* (la del etnólogo que estudia sus costumbres), la finalidad de ese ritual es, por ejemplo, reforzar la cohesión comunitaria en un periodo de adversidad. O bien: desde la perspectiva *emic*, Colón desembarca en Catay; desde la *etic*, Colón descubre América. La terminología *emic/etic* fue acuñada por K. L. PIKE (cf. K. L. PIKE: *Language in Relation to an Unified Theory of Human Behaviour*, 2.ª ed., Mouton, La Haya, 1971, págs. 37 y ss.). Vid. al respecto G. BUENO: *Nosotros y ellos: ensayo de reconstrucción de la distinción etic/emic de Pike*, Pentalfa, Oviedo, 1990; así como M. HARRIS: *Introducción a la antropología general*, trad. de J. O. SÁNCHEZ, 6.ª ed., Alianza, Madrid, 1988, págs. 175 y ss.

implica que, con demasiada frecuencia, el sociólogo, el filósofo o el historiador dan acríticamente por buena la autocomprensión del nacionalismo; aceptan inadvertidamente lo que el nacionalismo dice o piensa acerca de sí mismo (4). Probablemente una ideología alcanza su máximo éxito cuando consigue disimular su carácter de tal, de modo que sus postulados aparecen a todos como neutrales constataciones «de sentido común», y no como opciones ideológicas cuestionables. El nacionalismo ha triunfado en ese sentido: ha conseguido informar la percepción de la realidad de generaciones enteras (5). Así, tanto muchos científicos sociales —supuestamente equipados de una perspectiva *etic* que les debería garantizar una distancia crítica frente al discurso nacionalista— como muchos ciudadanos ordinarios que no se consideran nacionalistas dan implícitamente por válidos los supuestos básicos del nacionalismo: que las «naciones» existen, que aspiran naturalmente a constituirse en Estados, etc. (6). Casi todo el mundo sigue viendo a la «nación» como una realidad natural, y no como una construcción ideológica.

El nacionalismo encubre su carácter ideológico, por ejemplo, travistiéndose en *emoción*; se confunde frecuentemente al nacionalismo con el sentimiento de pertenencia, la natural pulsión de amor a los orígenes, al terruño natal, a la lengua materna, etc. (7). En la medida en que el apego a las raíces

(4) En ocasiones, los estudiosos que investigan el fenómeno nacionalista profesan ellos mismos la ideología nacionalista: en este caso, la absorción de la perspectiva *etic* por la *emic* es inevitable. Pero en otros casos se asiste a la asunción tácita de supuestos nacionalistas (empezando por el propio concepto «nación») por parte de investigadores que no se creen nacionalistas: «la aceptación del concepto nacionalista de “nación” por las ciencias sociales —señala en este sentido L. RODRÍGUEZ ABASCAL— está ampliamente generalizada [...] En efecto, el paradigma dominante en las ciencias sociales ha sido el de la existencia empírica de las naciones» (L. RODRÍGUEZ ABASCAL: *Las fronteras del nacionalismo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2000, pág. 225; *vid.* también pág. 125).

(5) Así lo constata E. KEDOURIE: «No ha sido el menor éxito de esta doctrina [el nacionalismo] el que sus proposiciones hayan llegado a ser aceptadas y consideradas como evidentes por sí mismas» (E. KEDOURIE: *Nacionalismo*, trad. de J. J. SOLOZÁBAL, 2.ª ed., Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1988, pág. 1).

(6) Sobre la distinción entre el nacionalismo autoconsciente o explícito, y el nacionalismo «inconsciente», ambiental y difuso («nacionalismo vivido, pero no sabido, ni siquiera nombrado»), cf. P. A. TAGUIEFF: «El nacionalismo de los “nacionalistas”: un problema para la Historia de las ideas políticas en Francia», en G. DELANNOI-P. A. TAGUIEFF (eds.): *Teorías del nacionalismo*, trad. de A. LÓPEZ, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 67 y ss., así como J. TOUCHARD: *Tendances politiques dans la vie française depuis 1789*. Hachette, París, 1960, pág. 135.

(7) F. SAVATER denuncia con su habitual agudeza la usurpación monopolista del amor patrio por la doctrina nacionalista: «La primera [engañifa] es que el nacionalismo no consiste más que en el amor al país en que uno ha nacido o donde uno vive, a sus tradiciones, a su lengua, etc. ¿Se le puede reprochar a alguien —preguntan doloridos los nacionalistas— este amable y natural sentimiento, semejante al que uno tiene por su familia o por las humildes

parece un rasgo universal, el nacionalismo consigue así promocionarse a la condición de atributo esencial de la naturaleza humana: además de *rationale, loquens* o *habile*, el hombre resultaría ser un *animal nationale* (8). Una vez aceptada esta tramposa identificación (nacionalismo = amor patrio), se puede desligar al nacionalismo de su genuino contexto histórico —los siglos XIX y XX— y retrotraerlo anacrónicamente a la época que se prefiera (9). Se desemboca así en una pintoresca relectura de la Historia en clave pannaionalista: Moisés ya no es el profeta de Dios, sino un caudillo hebreo en lucha con los opresores egipcios, Vercingetorix se convierte en De Gaulle *avant la lettre*, y el mismo Jesucristo puede transformarse en un belicoso activista zelota, que no predica ya la *metanoia*, sino el odio a los invasores romanos... (10).

visceras de su cuerpo? [...] Pero resulta [...] que el nacionalismo no es un sentimiento, sino una ideología política. El nacionalismo no habla de amores, sino de quién debe mandar y cómo ha de organizarse una sociedad [...]» (F. SAVATER: «El nacionalismo... y el amor», en *Contra las patrias*. 2.^a ed., Tusquets, Barcelona, 1996, pág. 199).

(8) Como indica GELLNER, el nacionalismo impregna tácitamente la cosmovisión del hombre medio actual hasta el punto de que se da por supuesto que «un hombre debe tener una nacionalidad, como tiene una nariz y dos orejas» (E. GELLNER: *Naciones y nacionalismo*, trad. de J. SETÓ, 2.^a ed., Alianza, Madrid, 1994, pág. 19). Lo que convierte en peligroso al nacionalismo es, entre otras cosas, esta su capacidad para hacer aparecer como obviedades incuestionables lo que en realidad son discutibles construcciones mítico-ideológicas: «Todo esto [que los hombres son naturalmente agrupables en naciones] parece obvio aunque, ¡ay!, no sea cierto. Pero el que haya acabado pareciendo tan obvio es realmente un aspecto, o quizá la misma esencia, del problema del nacionalismo. Tener una nacionalidad no es un atributo inherente al ser humano, pero hoy en día ha llegado a parecerlo» (*ibid.*). También H. KOHN analiza la forma en que diversos factores históricos asociados a la industrialización, la mejora de las comunicaciones, etc., dieron a partir del s. XIX «al sentimiento de la nacionalidad una intensidad permanente, que pronto lo hizo aparecer como algo “natural”, que había existido siempre y que siempre existiría» (H. KOHN: *Historia del nacionalismo*, trad. de S. COSSIO, 2.^a ed., Fondo de Cultura Económica, Madrid-México, 1984, pág. 31). El espejismo de la «naturalidad del nacionalismo» convierte en atributos humanos eternos lo que en realidad son peculiaridades psicológicas vinculadas a específicas circunstancias culturales y socio-económicas de la Europa del siglo XIX.

(9) «Los nacionalistas creen que la Humanidad ha estado siempre compuesta por nacionalistas» (J. JUARISTI: «Introducción», en J. A. HALL: *Estado y nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*. trad. de J. M.^a PORTILLO, Cambridge University Press, Madrid, 2000, págs. 11-12).

(10) E. KEDOURIE resalta la tendencia de los nacionalistas a adjudicar motivaciones nacionalistas a personas que vivieron mucho antes de la aparición del nacionalismo: «Cuando se utiliza en la interpretación del pasado la peculiar antropología y metafísica del nacionalismo, la Historia toma otro aspecto. Los hombres que pensaban que estaban actuando para realizar la voluntad de Dios, para hacer prevalecer la verdad o fomentar los intereses de una dinastía [...] de pronto se nos muestran como sujetos que en realidad se esforzaban para que el genio de una determinada nacionalidad se manifestase [...]» (E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 57). Por su parte, E. J. HOBBSBORN ironiza sobre la propensión del nacionalismo a inventarle un pasado venerable a la nación de turno: «Recuerdo el título de un libro sobre Mohenjo Daro y la civili-

Incluso si aceptáramos la existencia de un «sentimiento nacional», éste resulta diferir claramente, a poco que se lo analice, de la pulsión atávica de apego a las raíces o a los consanguíneos. El sentimiento nacional no guarda relación con la «solidaridad mecánica» de Durkheim, esa cohesión primaria basada en la afinidad inmediata, en el conocimiento «cara a cara», y que opera en los reducidos límites de la *Gemeinschaft*. El sentimiento nacional, indicó lúcidamente H. Kohn (11), es tan abstracto y sofisticado como lo pueda ser el cosmopolitismo: me hace sentirme solidario de personas a las que nunca veré, copropietario y custodio de territorios que nunca visitaré... Es una emoción más próxima al nietzscheano *Fernstenliebe* [amor «abstracto» por los distantes] que al *Nächstenliebe* [amor «concreto» por los inmediatos]. La nación moderna se nos aparece como una comunidad abstracta, esencialmente distinta de la *Gemeinschaft* de Tönnies (que es, por el contrario, abarcable, «visible»).

Un primer paso importante consistiría, pues, en trascender la perspectiva *emic*, en la que el nacionalismo se autointerpreta como mera emoción raigal: cobrar conciencia de que el nacionalismo es *teoría*, y no sentimiento (12). El nacionalismo es una *doctrina* política, un conjunto de principios

zación urbana en el valle del Indo. Se llamaba *Cinco mil años de Pakistán*, un país que hasta 1947 no existió y cuyo nombre mismo no se inventó antes de 1932 o 1933» (E. J. HOBBSAWM: «Identidad», *Revista internacional de filosofía política*, núm. 3, 1994, pág. 8).

(11) «El amor del terruño y de la familia [...] es un sentimiento *concreto* accesible a todos [...], mientras que el nacionalismo [...] es un sentimiento complejo y [...] *abstracto*. El nacionalismo [...] es diferente, cualitativamente, al amor por la familia o por el terruño. Es de calidad análoga al amor por la Humanidad o por la tierra entera» (H. KOHN: *Historia del nacionalismo*, cit., pág. 21, cursivas mías). En el mismo sentido, B. ANDERSON definirá a la nación como «una comunidad política imaginaria» (B. ANDERSON: *Imagined Communities*, cit., pág. 6) y este carácter «imaginario» guarda una relación muy estrecha con lo que KOHN llamaba «abstracción» (a saber, el vínculo fabulado que hace al sujeto sentirse solidario de conacionales a los que no conoce individualmente): «It is imagined because the members of even the smallest nation will never know most of their fellow-members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion» (*ibidem*). Cf. también págs. 26-27.

(12) «El nacionalismo —comenta KEDOURIE— no es cierto sentimiento inarticulado y poderoso presente siempre y en todo lugar; [...] [es, más bien] *una doctrina*, esto es, un complejo interrelacionado de ideas sobre el hombre, la sociedad y la política [...] [el cual], lejos de ser un fenómeno universal, es un producto del pensamiento europeo de los últimos 150 años» (*Nacionalismo*, cit., págs. 56 y 113). También RODRÍGUEZ ABASCAL insiste a menudo sobre la necesidad de «considerar en serio al nacionalismo como una doctrina política» (*Las fronteras del nacionalismo*, cit., pág. 47; cf. también pág. 166). Y, en un sentido similar, D. MILLER: «[...] las lealtades nacionales [...] no pueden ser reducidas a los instintos y emociones comunes a la especie humana [...] Las ideas de nacionalidad son creaciones conscientes de cuerpos de personas [...]» (D. MILLER: *Sobre la nacionalidad: autodeterminación y pluralismo cultural*, trad. de A. RIVERO, Paidós, Barcelona, 1995, pág. 32).

acerca de cómo deben organizarse y gobernarse las sociedades humanas. Y se trata de una doctrina estrictamente «epocal», vinculada a unas coordenadas temporales y unas condiciones de posibilidad histórica muy precisas. En la medida en que, básicamente, se trata de una doctrina que *prescribe* la coextensividad de las «naciones» y los Estados, la existencia del Estado moderno es una de tales condiciones de posibilidad (13). Como indicara E. Gellner, «el problema del nacionalismo no surge en sociedades desestatizadas: si no hay Estado, nadie, evidentemente, puede plantearse si sus fronteras concuerdan o no con los lindes de las naciones» (14).

El contexto histórico del nacionalismo incluye, además de la preexistencia del Estado, una serie de factores propiciadores que han ido siendo puestos de manifiesto por los estudiosos del fenómeno: K.W. Deutsch enfatizó la importancia del desarrollo tecnológico, la mejora de las comunicaciones y el incremento de la movilidad social (tanto en el sentido geográfico como en el de permeabilidad interclasista) (15); B. Anderson menciona el desarrollo de la industria editorial y periodística (pues la prensa juega un papel esencial en la producción de «conciencia nacional») (16) y el declive de las viejas legitimaciones religiosas del poder político, que hace necesario inventar nuevas fórmulas de justificación del poder (17); E. Gellner, la necesidad de homogeneidad lingüística en sociedades industrializadas en las que el proceso productivo se torna cada vez más complejo (18); E. Kedourie, la influencia cultural de la idea kantiana de autodeterminación (que, extrapolada del nivel individual al colectivo, se convierte en un poderoso acicate del irredentismo nacionalista) (19); C. J. Hayes, la necesidad de encontrar formas laicas de

(13) «Es imposible pensar en el nacionalismo antes de la aparición del Estado moderno» (H. KOHN: *op. cit.*, pág. 18).

(14) «El nacionalismo —concluye GELLNER— sólo emerge en situaciones en las que la existencia del Estado se da ya por supuesta» (E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 17).

(15) Cf. K. W. DEUTSCH: *Nationalism and Social Communication: an Inquiry into the Foundations of Nationality*, MIT Press, Cambridge (Mass.), 1953; *Nationalism and its Alternatives*, Alfred Knopf, Nueva York, 1969.

(16) Son interesantes en este sentido las observaciones de ANDERSON acerca de la lectura matutina del periódico como ritual que permite una suerte de comunión con millones de conacionales (ya HEGEL indicó que la lectura diaria de la prensa funciona como un *Ersatz* de las oraciones matinales en una sociedad secularizada) (cf. B. ANDERSON: *Imagined Communities*, cit., págs. 35 y ss.).

(17) B. ANDERSON: *Imagined Communities*, cit., págs. 21 y ss.

(18) «Un Estado industrial moderno sólo puede funcionar con una población móvil, alfabetizada [en una lengua común], culturalmente estandarizada y permutable» (E. GELLNER: *Naciones y nacionalismo*, cit., pág. 67). Cf. también págs. 59 y ss. y 89 y ss.

(19) Cf. E. KEDOURIE: *Nacionalismo*, cit., págs. 11 y ss.; *vid.* también I. BERLIN: «Kant como un origen desconocido del nacionalismo», en *El sentido de la realidad*, trad. de P. Cifuentes, Taurus, Madrid, 1998, págs. 331 y ss.

trascendencia en una sociedad en trance de descristianización (20)... Como vemos, se trata de factores *grosso modo* relacionados con la «modernización», la secularización y la revolución industrial. El nacionalismo, por tanto, es una ideología moderna, que comienza a germinar en el siglo XVIII y alcanza su figura definitiva en el XIX y el XX (21).

2) EL NACIONALISMO DEFIENDE LA CORRESPONDENCIA BIUNÍVOCA ENTRE LAS NACIONES Y LOS ESTADOS

E. Kedourie resumió el contenido esencial del nacionalismo en términos sencillos y difícilmente objetables: «la doctrina sostiene que la Humanidad se encuentra dividida naturalmente en naciones, que las naciones se distin-

(20) C. J. HAYES: *Nationalism: a Religion*. Macmillan, Nueva York, 1960. Es fascinante explorar las facetas pseudorreligiosas del fenómeno nacionalista. El nacionalismo funge como una «religión secularizada» que intenta colmar el vacío cosmovisional que deja atrás el cristianismo menguante. La «condición moderna», ya se sabe, es sinónimo de *Heimatlosigkeit*, desarraigo, pérdida de referencias: desaparecen los vínculos y lealtades sociales tradicionales (pertenencia feudal, gremial, etc.), desaparece la pequeña comunidad rural, desaparecen —o pierden predicamento— las respuestas religiosas para las «cuestiones últimas». El hombre desorientado de la sociedad industrial —arrancado del «hogar» existencial: de la *Gemeinschaft* rural y de la religión— necesita una «comunidad imaginaria» a la que pertenecer, y causas por las que vivir y morir. Ideologías modernas como el liberalismo o el marxismo no cubrían adecuadamente este déficit radical de sentido («neither Marxism nor Liberalism are much concerned with death and immortality», constata acertadamente B. ANDERSON: *op. cit.*, pág. 10). El escenario está listo para la «transferencia de sacralidad» (JUARISTI), la irrupción de la nación como «Dios sustitutivo»: igual que el Dios cristiano, la nación es fuente de imperativos morales absolutos (los «sagrados deberes patrios») que resuelven en parte el problema «¿cómo vivir?»; la participación-disolución en la nación eterna, por otra parte, proporciona al creyente nacionalista un sucedáneo de inmortalidad que puede consolarle de la pérdida de la fe en la vida ultraterrena individual. H. SCHULZE lo resume bien: «en una época de continuos desarraigos y crisis de sentido, [...] la idea de nación ofrecía tres cosas: orientación, comunidad y trascendencia» (H. SCHULZE: *Estado y nación en Europa*, trad. de E. MARCOS, Crítica, Barcelona, 1997, pág. 136). Sobre el nacionalismo como pseudo-religión, *vid.* también H. SETON-WATSON: *Nations and States*, *cit.*, pág. 465.

(21) KOHN, por ejemplo, es categórico acerca de la «fecha de nacimiento» del nacionalismo: «El nacionalismo, tal como lo entendemos nosotros, no es anterior a los últimos cincuenta años del siglo XVIII» (H. KOHN: *op. cit.*, pág. 17). KEDOURIE sitúa el arranque del nacionalismo en el convulso período 1789-1815, un momento en el que se comprendió que «las revoluciones podían tener lugar y se podían destruir los imperios y cambiar las fronteras» (E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 71). La toma de conciencia acerca de la rectificabilidad de las fronteras parece ser un presupuesto psicológico esencial para el nacionalismo, dado que éste es básicamente una «teoría de las fronteras correctas», una doctrina que postula la coextensividad territorial de las «naciones» y los Estados.

guen por ciertas características que pueden ser determinadas y que el único tipo de gobierno legítimo es el autogobierno nacional» (22). Cabría quizás completarla con una precisión: la fórmula de «autogobierno nacional» a la que típicamente aspiran los movimientos nacionalistas no es otra que la soberanía estatal. El nacionalismo, por tanto, pretende «suministrar un criterio para determinar la unidad de población adecuada para disponer de un gobierno propio, para el ejercicio legítimo del poder en el Estado y para la organización justa de la sociedad internacional» (23).

El núcleo de la doctrina nacionalista sería desglosable en dos principios:

a) *Las naciones existen*: la Humanidad está dividida en ciertas unidades primordiales (las «naciones»), identificables sobre la base de determinados rasgos objetivos (24). Las naciones, por tanto, no son mitos, abstracciones o construcciones teóricas: son realidades sociales incuestionables (25); simplemente «están ahí»: su pétreo evidencia se impone por sí misma (las naciones, indica zumbonamente Gellner, vendrían a ser para los nacionalistas «los ladrillos con los que se ha construido a la Humanidad: [...] una forma natural, dada por Dios, de clasificar a los hombres») (26). Los hechos diferenciales que, supuestamente, permiten identificar a la nación pueden ser de carácter natural (raza, sangre, linaje común) o cultural (lengua, Historia, religión, costumbres, etc. comunes) (27). Dado que los criterios demarcatos-

(22) E. KEDOURIE: *Nacionalismo*, cit., pág. 1.

(23) E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 1.

(24) La idea según la cual los «hechos diferenciales» que permiten identificar a la nación son objetivos (y no convencionales, «construidos», arbitrariamente resaltados respecto a muchos otros posibles criterios o rasgos delimitadores) resulta consustancial al nacionalismo, como acertadamente señala RODRIGUEZ ABASCAL: «todos los nacionalistas han considerado que las naciones son entidades susceptibles de ser identificadas de un modo empírico [...] Los nacionalistas [...] piensan que la operación de delimitar los contornos de una nación es una labor de descubrimiento, una tarea de observación de la realidad que puede llevar, en algún momento, a resultados correctos o verdaderos» (*Las fronteras...*, cit., págs. 102-103). Las naciones serían entidades objetivas: desde la perspectiva nacionalista, un observador dotado de la información etnográfica e histórica pertinente no podría albergar duda alguna acerca de cuántas y cuáles son las naciones, qué individuos pertenecen a qué naciones, etc. Existiría algo así como una «clasificación natural» de los seres humanos en categorías nacionales, una taxonomía nítida y milimétrica, sin zonas de sombra ni casos ambiguos. El propósito del nacionalismo sería traducir a términos políticos ese «mapa natural» de la Humanidad.

(25) «[...] Las naciones existen [...], no son entidades puramente ficticias, de forma que alguien que crea que pertenece a una no es simplemente víctima de un error» (D. MILLER: *Sobre la nacionalidad*, cit., pág. 26).

(26) E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 70.

(27) P. S. MANCINI, por ejemplo, combinaba eclécticamente los rasgos definitorios culturales y naturales: «[Una nación] es una sociedad natural de hombres conformados en comu-

rios enumerados no son congruentes entre sí —pues las fronteras raciales, lingüísticas, religiosas, etc., casi nunca coinciden recíprocamente—, el nacionalismo tiende a reservarse una amplísima discrecionalidad en la selección y modulación de los mismos.

b) *Las naciones deben constituirse en Estados; el Estado-nación es la única fórmula legítima de organización política*: El nacionalismo no se detiene en la constatación de la existencia objetiva de las naciones: considera, además, que los grupos nacionales aspiran de suyo al autogobierno. Como la entidad política soberana es, en las condiciones modernas, el Estado, ello equivale a sostener que todo grupo nacional debe disponer de su propio Estado (28). El iuspublicista Johann C. Bluntschli, destacado miembro de la Escuela Histórica del Derecho, ofreció quizás la formulación más inequívoca de este segundo principio: «Toda nación está llamada, y por ello legitimada, a constituir un Estado. [...] Del mismo modo que la Humanidad está dividida en un número de naciones, así debe fraccionarse el mundo en otros tantos Estados. Cada nación, un Estado. Cada Estado, una entidad nacional» (29).

Este principio, es, por cierto, el que confiere al nacionalismo su figura específica: una doctrina que se limitara a constatar la existencia de los grupos nacionales, pero sin atribuirles vocación estatal, pertenecería al ámbito de las teorías antropológicas o etnológicas, y no al de las *políticas*; sería racismo, etnicismo, folclorismo, etc., pero no nacionalismo. El llamado «nacionalismo cultural» —si entendemos por tal un movimiento que se limita a celebrar las diferencias étnicas sin extraer de ellas consecuencias políticas— no es verdadero nacionalismo (30). La distinción *nacionalismo cultural/na-*

tividad de vida y de conciencia social por la unidad del territorio, de origen, de costumbres y de lengua» (P. S. MANCINI: «De la nacionalidad como fundamento del Derecho de gentes», en P. S. MANCINI: *Sobre la nacionalidad*, trad. de M. CARRERA, con introd. de A. E. PÉREZ LUÑO, Tecnos, Madrid, 1985, pág. 37).

(28) La seña de identidad más indiscutible del nacionalismo, reconoce KOHN, es el hecho de postular al «Estado-nación como la forma ideal de la organización política», la exigencia de que «las fronteras políticas deban coincidir con las etnográficas y las lingüísticas» (H. KOHN: *op. cit.*, pág. 28). En un sentido similar D. MILLER: «una comunidad nacional debe ser (o aspirar a ser, si no lo es *de facto*) una comunidad política [...] Entre las acciones que [las naciones] aspiran a ejecutar debe incluirse la de controlar un pedazo de superficie de la tierra» (*Sobre la nacionalidad*, cit., pág. 42); «la ambición de autodeterminarse políticamente está inscrita en la idea misma de nacionalidad» (*op. cit.*, pág. 115).

(29) J. C. BLUNTSCHLI: «Die nationale Staatenbildung und der moderne deutsche Staat», en *Gesammelte kleine Schriften*, vol. 2, Nördlingen, 1881, pág. 90.

(30) La distinción nacionalismo político/nacionalismo cultural vendría a corresponderse *grosso modo* con la de naciones-Estado [*Staatsnationen*] y «naciones culturales» [*Kulturnationen*], introducida por F. MEINECKE (cf. *Weltbürgertum und Nationalstaat: Studien zur Genesis des deutschen Nationalstaates*, R. Oldenbourg, Múnich, 1922). Serían *Staatsnationen*

cionalismo político carece de sentido, pues la expresión «nacionalismo político» es tautológica.

El nacionalismo consiste fundamentalmente en una teoría sobre el ámbito o perímetro legítimo de las entidades políticas soberanas. Los Estados no deben tener cualquier base territorial ni agrupar a cualesquiera individuos: no son —o, más bien, no deberían ser— constructos convencionales, con límites artificialmente fijados (31). El nacionalismo viene a ser una *teoría de las fronteras correctas*: existiría algo así como un «mapa natural» (32) de la

Francia, Inglaterra, España o Portugal, dotadas de un Estado propio desde la Edad Media; la estatalidad es para ellas un presupuesto, y no una meta a alcanzar; se desarrollaría en ellas un «nacionalismo político» orientado a la exaltación, conservación y homogeneización de la nación-Estado. Las *Kulturnationen* serían las «naciones sin Estado»: Alemania o Italia hasta la segunda mitad del XIX, así como la mayoría de los pueblos eslavos, aprisionados en los imperios austro-húngaro, otomano y ruso. En ellas se desarrollaría un «nacionalismo cultural» que, a falta de vínculos políticos, intentaría fundar la nación en vínculos lingüísticos, históricos, etc. Pero la distinción, en mi opinión, no es afortunada: la expresión «nacionalismo cultural» es inaceptable, si lo que se pretende decir es que el nacionalismo se limita a celebrar las diferencias culturales, sin extraer de ellas consecuencias políticas. La *Kulturnation* no se limita a solazarse en su singularidad cultural: la *Kulturnation* es una *Staatsnation* frustrada, aspira a convertirse en *Staatsnation*; la exaltación del patrimonio cultural nacional es la fase inicial de un proceso que culmina indefectiblemente en la exigencia de soberanía política. La Historia de los nacionalismos centro-europeos confirma puntualmente este aserto: por ejemplo, la fase «cultural» del nacionalismo húngaro (reivindicación del magiar, resistencia a la germanización, etc.) cede rápidamente paso a la fase «política»; los mismos poetas que habían protagonizado el renacimiento literario (PETŐFI, VÖRÖSMARTY, ARANY) se convertirán en 1848 en prohombres de la sublevación de KOSSUTH, que intenta conseguir la secesión de Hungría del Imperio Habsburgo (*vid.* H. SETON-WATSON: *op. cit.*, pág. 157 y ss.). En los demás «nacionalismos culturales» se aprecia la misma secuencia: la reivindicación cultural no es un fin en sí mismo, sino que se transforma tarde o temprano en reivindicación política. DIECKHOFF lo ha explicado muy bien: «Une fois les contes populaires rassemblés, la langue codifiée, les récits historiques réécrits, cette "unité culturelle" instituait un lien social qui était susceptible de se solidifier politiquement [...] Lorsque le travail de refondation culturelle est achevé par les intellectuels, l'agitation politique commence [...]» (A. DIECKHOFF: *La nation dans tous ses états: les identités nationales en mouvement*, Flammarion, Paris, 2000, pág. 70).

(31) Lo habitual en la argumentación nacionalista es la contraposición de la convencionalidad del Estado y la naturalidad de la nación: P. S. MANCINI, por ejemplo, se refiere a los Estados como sujetos «artificiales y arbitrarios», en tanto que define a las naciones como «obras naturales y divinas, únicas individualidades verdaderamente capaces de convertirse en sociedades políticas o Estados» (P. S. MANCINI: «Rasgos del viejo y nuevo Derecho de gentes», en P. S. MANCINI: *Sobre la nacionalidad*, cit., págs. 70 y 78). Cabría interpretar, sin embargo, que las imputaciones de «artificialidad» se refieren sobre todo al «mal» Estado, el Estado no-nacional, el Estado cuyos límites no se corresponden con los de una nación. El Estado-nación, en cambio, en la medida en que constituye la expresión política de una comunidad primordial (la nación), participaría de la «naturalidad» de ésta.

(32) P. S. MANCINI se referirá a la estructuración de la especie en naciones como la «constitución natural y necesaria de la Humanidad», prevista por Dios («revelación elocuen-

Humanidad, basado en divisiones nacionales; el designio nacionalista estriba en hacer coincidir el mapa político-estatal con ese mapa étnico-cultural primordial. Ello equivale en alguna medida a «naturalizar» o «antropologizar» la política: la política no es artificio o convención, sino prolongación de la etnología. Las divisiones político-estatales deben ser congruentes con las antropológico-culturales: el mapa etnográfico predetermina el mapa político. La sociedad internacional habrá alcanzado su estructuración correcta cuando se consiga una correspondencia biunívoca entre Estados y naciones: cuando cada cultura disponga de su «perímetro político» exclusivo (33), cuando los límites de los Estados se ajusten a los de las naciones, de forma que no existan ya Estados plurinacionales, naciones repartidas entre varios Estados, etc.

Determinados autores matizan el alcance de este segundo principio, señalando que algunos movimientos nacionalistas no reclaman la soberanía estatal para sus respectivas naciones, sino que parecen dispuestos a contentarse con fórmulas de autogobierno más modestas (autonomía regional, etc.). Así, D. Miller considera consustancial al nacionalismo la aspiración a la «autodeterminación», entendiéndolo por tal el establecimiento de «una estructura institucional que permita [a los miembros de la nación] decidir colectivamente sobre aquellos asuntos que afecten primordialmente a su comunidad», pero aclarando que dicha «estructura» no tiene por qué consistir en un Estado soberano (34). En una línea similar, P.A. Taguieff —siguiendo a J.

tísima de los designios de la creación») (P. S. MANCINI: «De la nacionalidad como fundamento del Derecho de gentes», cit., pág. 25).

(33) La observación es de GELLNER: «Se ha definido al nacionalismo como el intento de establecer una congruencia entre cultura y gobierno, de proveer a una cultura de su propio perímetro político y tan sólo de éste» (*Naciones y nacionalismo*, cit., pág. 64). En un sentido similar: «El nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política [...] El nacionalismo es una teoría de la legitimidad política que prescribe que los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos» (*Naciones...*, cit., págs. 13 y 14). El carácter autocontradictorio e irrealizable del nacionalismo se pone de manifiesto si tenemos en cuenta que las «culturas» (o «naciones»), cualquiera que sea el criterio que usemos para demarcarlas, resultan ser mucho más numerosas que las entidades políticas soberanas: la realización del sueño pan-nacionalista abocaría a una interminable —y presumiblemente sangrienta— labor de rectificación de fronteras y desmembramiento de Estados, de conflictos entre naciones que intentan «redondear» su perímetro político, etc.: «en la Tierra hay una gran cantidad de naciones potenciales [...] [Pero] nuestro planeta no puede albergar más que un número limitado de unidades políticas independientes. Cualquier cálculo sensato arrojará probablemente un número de naciones en potencia muchísimo mayor que el de Estados factibles que pudiera haber. Si este razonamiento o cálculo es correcto, no todos los nacionalismos pueden verse realizados en todos los casos y al mismo tiempo. La realización de algunos significa la frustración de otros» (*Naciones...*, cit., págs. 14-15).

(34) D. MILLER: *Sobre la nacionalidad*, cit., pág. 27.

Leca— propone distinguir entre una versión «ultrarreducida» (caracterizada por la aspiración al «*self-government* necesario para mantener una identidad cultural colectiva, pero sin implicar la reivindicación de un Estado soberano»), una variante «reducida» (intransigente en la exigencia de una perfecta correlación entre Estados y naciones) y una variante «fuerte» del nacionalismo (la cual añadiría al principio *político* «a cada nación, su Estado» principios *éticos* tales como la subordinación holista de los intereses y derechos individuales a los del «todo» nacional) (35).

A mi modo de ver, es preferible reservar la denominación «nacionalismo» para las modalidades «reducida» y «fuerte» de la tipología de Leca-Taguieff. La reivindicación de la mera autonomía regional se revela en muchos casos como una etapa estratégica, un hito provisional de un programa más ambicioso, cuya culminación es la obtención de la soberanía estatal (36). Es cierto que algunos movimientos de inspiración identitaria parecen definitiva y sinceramente satisfechos con la posesión de estructuras de autogobierno infraestatales (la CSU bávara, por ejemplo). Pero resultaría quizás más esclarecedor llamar «regionalistas» a este tipo de movimientos, y guardar la etiqueta «nacionalismo» para la ideología que hace de la coextensividad Estados-naciones su dogma nuclear.

Así pues, desde la genuina perspectiva nacionalista la nación y el Estado se necesitan mutuamente: como indica Gellner, «el nacionalismo sostiene que están hechos el uno para el otro, que el uno sin el otro son algo incompleto y trágico» (37). Un Estado no-nacional —dirá Mancini— es «un monstruo incapaz de vida» (38); y una nación que no ha alcanzado la estatalidad —sentenciará Hegel— vive en una suerte de prehistoria, pues aún no ha realizado su destino (39).

(35) P. A. TAGUIEFF: «El nacionalismo de los "nacionalistas"», cit., págs. 82-84.

(36) El ya citado D. MILLER, tras indicar que una nación puede expresarse políticamente mediante estructuras distintas al Estado nacional, termina reconociendo que «históricamente, el Estado soberano ha sido el principal vehículo a través del cual se han realizado las demandas de autodeterminación nacional, y esto no es un mero accidente» (*Sobre la nacionalidad*, cit., pág. 27). En la España posterior a 1975, por lo demás, tenemos ejemplos evidentes de cómo nacionalismos en principio meramente autonomistas terminan revelándose soberanistas.

(37) E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 19.

(38) «Un Estado en el que muchas florecientes nacionalidades terminan ahogándose en una unión forzada no es un cuerpo político, sino un monstruo incapaz de vida» («De la nacionalidad...», cit., pág. 41).

(39) «Las naciones pueden haber tenido una larga Historia antes de haber alcanzado por fin su destino —esto es, el de constituirse en Estados— y hasta pueden haberse desarrollado considerablemente en algunos aspectos antes de haber alcanzado esa meta. Pero [...] este período prehistórico está fuera del alcance de nuestra presente investigación [...]» [G. W. F.

La lógica nacionalista pide que toda nación sin Estado deba sentirse frustrada, oprimida, bloqueada en su desarrollo natural. Ahora bien, como mostrara el propio Gellner mediante un sencillo cálculo (40), en los hechos sólo una pequeña proporción de las «naciones» posibles se comportan en la forma esperada por dicha lógica; esto es, sólo un reducido porcentaje de los grupos humanos dotados de rasgos lingüístico-culturales afines (y hacemos abstracción por el momento de la problematicidad y elusividad de tales «rasgos afines») han llegado históricamente a poseer un Estado propio o han manifestado de alguna forma —rebelión, agitación irredentista, surgimiento de partidos nacionalistas— su aspiración a poseerlo: lo cierto es que la mayoría de las «naciones» parecen vivir felices sin su Estado nacional. La crecida proporción de naciones aletargadas —o, como dice Gellner, de nacionalismos potenciales no activados— es un hecho incómodo, difícilmente asimilable por la mentalidad nacionalista. El fenómeno tiende a ser explicado por el nacionalismo en términos de hibernación o latencia: la nación puede ignorarse a sí misma, puede permanecer largos siglos en el limbo de la inconsciencia política. Precisamente, los movimientos nacionalistas se adjudican a sí mismos la crucial tarea de despertar a la nación durmiente, de hacerla tomar conciencia de sí misma y avivar en ella la vocación estatal. No es fortuita, en este sentido, la omnipresencia de los tér-

HEGEL: *Lecciones de filosofía de la Historia* (citado por E. GELLNER: «Zenón de Cracovia», en E. GELLNER: *Cultura, identidad y política: el nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, trad. de A. L. BIXIO, Gedisa, Barcelona, 1993, pág. 60)].

(40) Obviamente, la pretensión de establecer un inventario mundial de «naciones» choca con la insuperable ambigüedad de los criterios definitorios de la identidad nacional (¿cómo delimitar las «naciones»? ¿son las naciones grupos lingüísticos?, ¿confesionales?, ¿raciales?, ¿todo ello a la vez?). GELLNER solventa la cuestión optando provisionalmente por el criterio lingüístico: a efectos de su cálculo, se entenderá por «nación» un grupo humano que comparte un idioma. Como en el mundo actual existen unas 8.000 lenguas vivas, nos resultarían 8.000 «naciones». Pero sólo existen hoy día unos 200 Estados. Por tanto, sólo las 200 «naciones» que han conseguido su propio Estado —y ello haciendo abstracción del hecho de que muchos Estados son plurilingües-plurinacionales— más los 100 o 200 grupos nacionales astartales que han manifestado con mayor o menor vigor y unanimidad su aspiración a la estatalidad (vascos, bretones, etc.) se han comportado en la forma prevista por la lógica nacionalista. Junto a ellas, encontramos una enorme cantidad (7.600) de «naciones» políticamente apáticas, que no parecen echar en falta un Estado propio. El índice de «activación política» de las naciones potenciales resulta deprimentemente bajo para la mentalidad nacionalista: «Irónicamente, el nacionalismo, en sus propios términos, es asombrosamente débil. La mayoría de las naciones potenciales, las comunidades diferenciables latentes que podrían reivindicar ser naciones atendiendo a criterios análogos a los que en algún lugar han triunfado, ni siquiera hacen oír su voz, renuncian de hecho a utilizarla y a hacerla valer» (E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 71); «por cada nacionalismo efectivo hay n potenciales [...] que no se molestan en luchar, que no activan su nacionalismo potencial, que ni siquiera lo intentan» (*op. cit.*, pág. 65).

minos «despertar» y «renacer» (*renaiçença, risorgimento*, etc.) en la retórica nacionalista (41).

3) EL NACIONALISMO ES FILOSÓFICAMENTE DÉBIL Y RUDIMENTARIO

Como se apuntaba en la introducción, la innegable eficacia movilizadora del nacionalismo en cuanto ideología de masas contrasta con su sorprendente indigencia teórica, con la vulnerabilidad filosófica de sus postulados, los cuales difícilmente resisten un escrutinio exigente. Examinemos sumariamente algunos puntos débiles del nacionalismo.

a) *¿Por qué deberían corresponderse las entidades políticas soberanas con los grupos nacionales?*: Incluso si los grupos nacionales fuesen delimitables mediante algún procedimiento riguroso (lo cual no es el caso, como veremos *infra*), no es evidente por sí mismo que deban disponer de un Estado propio. El dogma de la autodeterminación nacional es, como tantas otras facetas del nacionalismo, una «falsa idea clara». Kedourie se atreve a desafiárla frontalmente: «no hay razón convincente por la cual el *hecho* de que la gente hable el mismo idioma o pertenezca a la misma raza, sólo por eso, habría de darle el *derecho* a disfrutar de un gobierno exclusivo» (42). La ligereza con que el ser —el *hecho* de la afinidad racial o lingüística— es transmutado por el nacionalismo en deber-ser —el *imperativo* de estatalidad— supone un caso palmario de falacia naturalista.

La tesis según la cual la circunstancia de compartir una lengua, una religión o un color de piel aboca indefectiblemente a los individuos a convivir en un mismo Estado es insatisfactoria en muchos sentidos. Para empezar, parece suprimir la libertad: las personas estarían «condenadas» (por su lengua, sus genes, etc.) a pertenecer a determinado cuerpo político, a agruparse políticamente en determinada forma (43). La componente de artificio o con-

(41) MANCINI proporciona de nuevo un buen ejemplo; reconoce (en un lenguaje característicamente ampuloso) que la «conciencia de la nacionalidad» puede adormecerse durante extensas etapas: la nación entonces «se sume en un periodo de dolor y vergüenza, sin conciencia ni interés por sus derechos. Pero más tarde, y a veces tras una larga noche de siglos, un débil rayo de luz vuelve a brillar sobre el alma de ese pueblo, [...] y haciendo resurgir a la nación del fúnebre lienzo en que yacía amortajada, la reconduce radiante de vida y de majestad por el escenario del mundo». El caso de «nación aletargada» que más importa a MANCINI (que escribe en 1851) es, desde luego, «la Italia de los tres últimos siglos, olvidada e inconsciente de sí misma» («De la nacionalidad como fundamento...», cit., págs. 35-36).

(42) E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 61.

(43) RENAN formuló esto con clásica agudeza al criticar la idea según la cual las poblaciones de ascendencia germánica estarían naturalmente abocadas a pertenecer —lo desearan

vención que supuestamente caracteriza a la política se ve anulada por el determinismo etnicista: «*cuius lingua* (o bien, *cuius sanguis*, o *cuius religio*), *eius regio*».

Por otra parte, históricamente los Estados étnicamente homogéneos —y dejamos de lado por el momento la vaguedad de los criterios de identificación étnica— parecen haber sido la excepción y no la regla: sólo raramente han coincidido algunas fronteras culturales con las políticas (44). Sin necesidad de creer hegelianamente que «todo lo real es racional», la insistencia con que la realidad histórica ha tendido a disociar cultura y política seguramente quiere decir algo. La coherencia entre unidades culturales y políticas que pide el nacionalista se da sólo en su imaginación ideológica y en sus deseos; casi nunca en los hechos (45). Las «culturas» son demasiado vagarosas, tienen límites demasiado imprecisos y están demasiado entreveradas unas con otras para que pueda ser tomado en serio el proyecto de traducirlas a entidades políticas. Ajustar los límites estatales a los culturales obligaría a una ingente tarea de cirugía geopolítica; y en las intervenciones quirúrgicas suele derramarse sangre (46). Los intentos de superponer las fronteras políti-

o no— al nuevo Estado pangermánico: «La familia germánica, según esta teoría, tiene el derecho de recuperar a los miembros dispersos del mundo germánico, incluso cuando estos miembros no demandan la reunificación. El derecho del germanismo sobre tal provincia es más fuerte que el derecho de los habitantes de esta provincia sobre sí mismos» (E. RENAN: *¿Qué es una nación?*, trad. de A. DE BLAS, cit., Alianza, Madrid, 1987, pág. 70). La «provincia» en que RENAN está pensando es, por supuesto, Alsacia-Lorena.

(44) Quiero decir: nunca existieron Estados cuya población compartiera al 100 por 100 la misma lengua, religión, costumbres, etc. Así lo certifica el historiador HOBBSBAWM: «desde que el mundo es mundo, ningún territorio ha sido habitado por una única población homogénea, ya sea en lo cultural, en lo étnico, o en cualquier otro aspecto» (E. J. HOBBSBAWM: «Identidad», cit., pág. 7).

(45) La continuidad cultura-política —que sería lo «natural» para el nacionalista— es históricamente lo excepcional. GELLNER lo explica con su típica brillantez: «Lo que en realidad existe son [de un lado] culturas, culturas a menudo sutilmente agrupadas, a la sombra unas de otras, superpuestas, entremezcladas; y [de otro lado] [...] existen unidades políticas de todas las formas y tamaños. Por regla general, en el pasado no convergieron, y en muchos casos hubo buenas razones para ello» (E. GELLNER: *op. cit.*, págs. 70-71).

(46) Dada la extraordinaria elasticidad y ambigüedad de los criterios de delimitación nacional, el principio *a cada nación, su Estado* entraña un gran potencial de conflicto intra- e interestatal: cada grupo nacionalista se sentirá llamado a luchar por imponer su propia versión de las «fronteras correctas», y las versiones posibles son virtualmente infinitas (durante las guerras de 1991-95, políticos, intelectuales y público de a pie se entregan en Serbia al «juego de las fronteras [*igra sa granicama*]», especie de Monopoly nacionalista en el que cada cual defendía su propia versión de las fronteras de la ex-futura Gran Serbia...: *vid.* al respecto P. GARDE: *Vie et mort de la Yougoslavie*, Fayard, París, 1992, pág. 341 y ss., así como VV. AA.: *Maps of our Dividings: Political Atlas of Yugoslav Countries in the 20th Century*, BGM, Belgrado, 1991). El nacionalismo introduce una importante componente de inestabilidad en la

cas a las culturales registrados en el siglo XX (la Alemania nazi intentando anexionar territorios checos y polacos habitados por germano-parlantes; la Serbia postyugoslava procurando hacer lo propio con zonas de Croacia y Bosnia habitadas por serbo-ortodoxos, etc.) han resultado casi invariablemente catastróficos.

b) *El nacionalismo es incapaz de ofrecer una definición rigurosa de la «identidad nacional»*: Desde la perspectiva nacionalista, la Humanidad está naturalmente compartimentada en naciones, y las naciones son distinguibles unas de otras en base a inequívocas «señas de identidad», rasgos diferenciales objetivamente verificables. El tema de los «rasgos de inclusión/exclusión», las notas definitivas de la identidad nacional, es el talón de Aquiles del nacionalismo. Ante todo, llama la atención la desconcertante variedad de características utilizadas: puede ser la lengua, puede ser la religión, o la Historia; puede ser el color de la piel, el RH o la morfología craneal; puede ser la participación en la llamada «conciencia nacional» (la verificabilidad empírica, por cierto, se vuelve aquí más problemática) o la adhesión al movimiento nacionalista correspondiente... Como certeramente señala L. Rodríguez Abascal, «el número de rasgos escogidos por los nacionalistas para señalar a los miembros de la nación tiende al infinito [...] Su selección y uso le corresponde a cada nacionalista sobre el terreno» (47). En efecto, es típica

política internacional: nunca se alcanzará un reparto estatal-territorial al gusto de todos los nacionalistas. La aplicación del principio de las nacionalidades en el Tratado de Versalles desembocó en las conocidas catástrofes de los años treinta y de la Segunda Guerra Mundial. «Los intentos de reordenar según criterios nacionales una parte importante del mundo —comenta E. KEDOURIE— no han conducido a una paz o una estabilidad superiores. Por el contrario, han creado nuevos conflictos, han exacerbado tensiones y llevado la catástrofe a una ingente población ajena a toda política» (*Nacionalismo*, cit., pág. 109); «el principio nacional, lejos de proporcionar continuidad a la diplomacia europea, significa una radical subversión del sistema de Estados europeos» (*op. cit.*, pág. 60). La constatación de este potencial de conflicto constituiría por sí sola —más allá de sus otras debilidades teóricas— un poderoso argumento contra el nacionalismo: una doctrina que postula la indefinida revisabilidad de las fronteras no puede ser una doctrina sensata. GELLNER lo entendió así: «la estabilidad política es en sí misma un bien. En este aspecto el conservadurismo tiene razón. La idea de que cualquier orden político vigente merece ser corregido o incluso abolido por no cumplir con un principio abstracto (como el de la “autodeterminación de las naciones”) es en realidad algo absurdo [...]» [*Nationalism*, New York University Press, N. Y., 1997 (citado por J. JUARISTI: «Introducción», cit., pág. 14)].

(47) L. RODRÍGUEZ ABASCAL: *op. cit.*, pág. 176. Como los seres humanos son clasificables con arreglo a infinitos criterios, el nacionalista siempre encontrará un «hecho diferencial» que le permita trocear a la Humanidad en la forma apetecida por él; así lo indica también A. DE BLAS: «cualquier elemento cultural, cualquier hecho diferencial, puede resultar funcional en su pretensión de diseñar el mapa europeo de conformidad con especulaciones folklóricas, lingüísticas, históricas o geográficas. Lo importante es forjar una singularidad, recons-

del nacionalismo la desvergonzada discrecionalidad en la definición de los rasgos constitutivos de la identidad nacional: según las necesidades políticas (48) y las modas ideológicas de cada momento, se enfatizará más o menos el elemento racial, el lingüístico, el histórico, etc. (49).

Con frecuencia, sin embargo, el discurso nacionalista simplemente enhebra en una sola enumeración irenista —la nación como entidad basada en «la lengua, en la Historia, en las creencias y en la sangre» comunes— toda esa heterogénea gama de raseros demarcatorios, como si fuesen coherentes entre sí. Pero lo cierto es que no son en absoluto yuxtaponibles: el mapa confesional no coincide con el lingüístico, ni éstos con el racial, etc. Según apliquemos uno u otro de tales criterios delimitadores, nos resultarán «naciones» totalmente divergentes (50).

La desenvoltura con que el nacionalista habla de las naciones como divisiones obvias de la especie humana no resiste, pues, un mínimo escrutinio

truir o construir una identidad, sobre las que se pueda después argumentar a favor de la independencia política» (A. DE BLAS: *Nacionalismos y naciones en Europa*, Alianza, Madrid, 1994, págs. 120-121).

(48) Raramente emite la doctrina nacionalista una definición «desinteresada» o abstracta de la nación: suele tratarse de definiciones *pro domo sua*, adaptadas como un guante a la situación específica del grupo «nacional» al que el nacionalista en cuestión estima pertenecer. No interesa indagar la «esencia» universal de lo nacional, sino demostrar que *mi* grupo es una nación. O bien, decretar que el grupo rival *no* es una nación, como comenta H. SETON-WATSON: «Most definitions [of the nation] have in fact been designed to prove that, in contrast to the community to which the definer belonged, some other group was not entitled to be called a nation» (*Nations and States*, cit., pág. 4). Resultan paradigmáticas en este sentido las famosas declaraciones de J. PUJOL, hace unos años, en las que argüía que Cataluña es una nación, en tanto que España no lo es.

(49) El nacionalismo vasco ofrece un ejemplo claro de esa elasticidad. Como muestra el propio RODRIGUEZ ABASCAL (*op. cit.*, págs. 177-179), del nacionalismo racista-lingüístico-confesional de los comienzos (SABINO ARANA creía en una raza vasca y enfatizaba el catolicismo en cuanto atributo nacional) se pasa a un nacionalismo primordialmente lingüístico en los 50-60 con F. KRUTWIG y J. L. ALVÁREZ EMPARANZA (*Txillardegi*) y a un ambiguo nacionalismo lingüístico-político en la actualidad: según X. ARZALLUZ, es verdadero vasco quien desciende de vascos, habla vascuence y/o participa de la «conciencia nacional» (es decir, vota a partidos nacionalistas vascos). *Vid.* al respecto J. JUARISTI: *El bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos*, Espasa, Madrid, 1997, pág. 337.

(50) Siguiendo con el ejemplo vasco, dolorosamente actual: si escogemos el criterio lingüístico, la «nación vasca» resultaría incluir sólo al 25 por 100 escaso de habitantes de la Comunidad Autónoma capaces de expresarse fluidamente en vascuence; si optamos por el genealógico, al porcentaje aún más exiguo capaz de acreditar los cuatro apellidos eusquéricos que exigía el reglamento original de la Sociedad *Euzkeldun Batzokija*, embrión del PNV (cf. J. JUARISTI: *El bucle...*, cit., pág. 173); si elegimos el religioso [catolicismo], resulta excluido el significativo contingente de no creyentes, etc. Lo importante es que los criterios no son acumulables: el perímetro de la nación varía según empleemos uno u otro.

crítico: la «identidad nacional» no es un concepto racionalmente analizable; es imposible establecer seriamente sus notas definatorias (51). La taxonomía nacionalista es ingenua y mixtificadora: «el mundo —señala Kedourie— es diverso, demasiado diverso para las clasificaciones de la antropología nacionalista» (52). Donde la imaginación nacionalista querría ver contornos étnicos estables y unívocos, hay en realidad complejidad, fluidez, ambigüedad: fronteras culturales que se entrecruzan en todas direcciones, variables étnicas que se combinan según múltiples modelos, confusión inextricable de lenguas, religiones, razas e historias (53).

El nacionalismo dispone de varios expedientes para obviar o camuflar esta falla fundamental (a saber, la imposibilidad de ofrecer una definición consistente de la «identidad nacional»). El más socorrido es la operación a la que Rodríguez Abascal ha llamado «redondeo» o «colectivismo abstracto» (54). Imaginemos un territorio-grupo humano —«Ruritania», siguiendo

(51) Lo reconoce así —en un rasgo de honradez intelectual— incluso un nacionalista moderado como D. MILLER: «La nación es concebida como una comunidad que se extiende en la Historia y que posee un carácter distintivo que es natural en sus miembros. [Pero] La investigación desapasionada revelará una considerable discontinuidad, tanto en el carácter de la gente que ha ocupado un territorio dado, como en sus costumbres y prácticas. También es probable que revele que muchas cosas que ahora nos parecen características primordiales de la nación en cuestión, son de hecho invenciones artificiales. [...] Parece, por tanto, que las identidades nacionales no pueden sobrevivir a la reflexión crítica. Si se les aplican los cánones normales de racionalidad, se revelarán fraudulentas» (D. MILLER: *op. cit.*, pág. 55). El «fraude», como vemos, consiste en poner homogeneidad o continuidad imaginarias allí donde realmente hay heterogeneidad. Con todo, pese a reconocer que las «identidades nacionales» no son un concepto que resista el análisis racional, MILLER dedica su obra a argumentar en favor del mantenimiento de este «mito necesario», en aras de su eficacia cohesionadora: «En lugar de rechazar la nacionalidad [...] al descubrir que las identidades nacionales contienen elementos míticos, deberíamos preguntarnos qué papel tienen estos mitos en la construcción y el sostenimiento de las sociedades. Porque pudiera ser no racional descartar creencias, incluso si éstas son, hablando de forma estricta, falsas, si se muestra que contribuyen al apoyo de relaciones sociales valiosas» (*op. cit.*, pág. 56).

(52) E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 60.

(53) En este sentido, señala E. J. HOBSBAWM, la realidad histórico-social es equiparable a esas ambiguas manchas del test de Rorschach, en las que distintos observadores identifican figuras diferentes: «también una misma población puede ser dividida "étnicamente" de diferentes maneras» (E. J. HOBSBAWM: «Identidad», *cit.*, pág. 9).

(54) L. RODRÍGUEZ ABASCAL: *op. cit.*, págs. 87 y ss. y 183 y ss. «Redondear» es echarse tranquilamente a la espalda las asimetrías y excepciones; razonar *como si* fuese homogénea una sociedad que en realidad es heterogénea. Un ejemplo clamoroso de este recurso al «como si» —que cita el propio R. ABASCAL— es la introducción de la obra de A. D. SMITH sobre las raíces étnicas de las naciones: «Para ver la relación entre las comunidades étnicas y las naciones entendidas como un todo, y "redondeando", voy a tratarlas a ellas y a sus elementos constitutivos como si poseyeran una tangibilidad mayor y una definición más precisa de lo que me

el ya famoso ejemplo de Gellner— en el que ciertos rasgos culturales o raciales (x, y, z) son compartidos por un porcentaje importante de la población: pongamos que en un 90 por 100 se da la característica x , en un 80 por 100 se da y , y en un 75 por 100 se da z ; pero sólo un 60 por 100 posee los tres rasgos simultáneamente. El nacionalismo simplemente decretará que Ruritania es una nación, y que su identidad nacional se basa en los rasgos x, y, z . El «redondeo» consiste en considerar irrelevante a efectos nacionales el hecho de que un 40 por 100 de la población carezca de al menos una de las tres características que supuestamente integran la ruritanidad. La nación es dibujada con trazo grueso, y se hace abstracción expeditivamente de las «minucias» empíricas: los engorrosos «semi-nacionales» —el 40 por 100 de ruritánicos incompletos— no deben impedir la existencia de la nación. Con todo, los diversos grados de perfección en la ruritanidad no quedarán presumiblemente sin consecuencias si llega a existir un Estado ruritano gobernado por nacionalistas: una frontera invisible separará siempre a los nacionales genuinos de los imperfectos. En situaciones de tensión o crisis, estos últimos pueden convertirse en «extranjeros interiores», candidatos preferentes a la discriminación y la sospecha, o incluso —en casos extremos— a la deportación o el exterminio (55).

El nacionalismo dispone de otra vía de escape frente al problema de la infabilidad de la identidad nacional: prescindir abiertamente de la testabilidad empírica —y no ya sólo tomarse grandes libertades frente a ella, como en el caso anterior— y convertir la identidad nacional en una «creencia» de los interesados, cuyo mayor o menor fundamento empírico carece de relevancia. Según esto, una nación es un grupo de personas que *creen* compartir ciertos rasgos y, en consecuencia, *se consideran* una nación. Sólo el grupo nacional es competente para autodefinirse (apoteosis de la perspectiva *emic*): ningún observador exterior tiene derecho a interferir en la autopercepción colectiva con fastidiosas constataciones factuales. Es la solución por la que termina inclinándose D. Miller, quien tras conceder que «el simple empirismo no va a zanjar el problema [de la identidad nacional]», concluye que «las comunidades nacionales están constituidas por creencias: las nacio-

permitirían los ejemplos concretos» (A. D. SMITH: *The Ethnic Origins of Nations*, Blackwell, Oxford, 1986, pág. 3). En realidad, se trata de la construcción de *tipos ideales* weberianos, la cual exige, efectivamente, «simplificar» la proteica realidad empírica. El problema es que el nacionalista no se limita a *describir* o interpretar hechos sociales, sino que aspira a *conformarlos*: pretende llevar a la práctica política sus tipos ideales, más o menos artificialmente contruidos.

(55) La noción «extranjero interior» fue acuñada por CH. MAURRAS, líder del movimiento nacionalista *Action Française* en el período de entreguerras. Sobre el problema de la «frontera interior», cf. L. RODRIGUEZ ABASCAL: *op. cit.*, págs. 190 y ss.

nes existen cuando sus miembros se reconocen como compatriotas, y *creen* compartir características relevantes» (56); «no tenemos razones para pensar que la identidad así definida se corresponda con algo real en el mundo; es decir, no hay nada que diferencie a este grupo de gente de los que los rodean, salvo su propio *deseo* de pensarse a sí mismos *como si* formasen una comunidad diferenciada» (57). E. Kedourie intuye esta posición —sin compartirla— cuando afirma que la identidad étnica «depende en gran medida de la propia autoconsideración» (58); W. Connor («la nación es un grupo autodefinido, y no definido desde fuera») (59) y J. Armstrong («no hay más diferencias [étnicas] que aquellas que los agentes consideran como significativas») (60) la desarrollan explícitamente.

En su relativización de la importancia de los atributos identitarios objetivos, esta teoría de la autodefinición étnica está muy cerca de lo que se ha dado en llamar nacionalismo «cívico» o «electivo» (modalidad que, en mi opinión, no es verdadero nacionalismo, como intentaré mostrar *infra*). Hay, con todo, una diferencia: el «nacionalismo» cívico llama nación a una colectividad que desea vivir unida, al margen de cualesquiera rasgos étnicos que pueda o no compartir; el nacionalismo étnico «autodefinido» que evocábamos en el párrafo anterior llama nación a un grupo de personas que creen compartir ciertos rasgos étnicos, y *por tanto* desean vivir juntas (61). En el «nacionalismo» cívico sí hay una ruptura definitiva con el determinismo antropologista; la voluntad de convivencia es, digamos, gratuita: no presupone necesariamente afinidades objetivas entre los interesados. En el nacionalismo étnico «autodefinido», en cambio, los supuestos rasgos comunes siguen siendo la argamasa de la identidad nacional: la novedad es que tales rasgos ya no se encuentran en la realidad empírica, sino en la «creencia» (falsa) de

(56) «Por tanto —continúa MILLER— es un error comenzar desde la posición de un observador exterior que intenta identificar a las naciones escrutando qué personas tienen atributos comunes tales como la raza o la lengua. Es más, puede que encontremos gentes que comparten uno o más de estos atributos, y que sin embargo no constituyan una nación porque ellos mismos no piensan que formen una (los austriacos y los alemanes, por ejemplo)» (D. MILLER: *op. cit.*, págs. 38-39). En un sentido similar: «las naciones no son agregados de personas que se distinguen por sus rasgos físicos o culturales, sino comunidades cuya existencia misma depende del reconocimiento mutuo» (*op. cit.*, pág. 40).

(57) D. MILLER: *op. cit.*, pág. 51.

(58) E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 117.

(59) W. CONNOR: *Ethnonationalism: the quest for understanding*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pág. 76.

(60) Cf. J. ARMSTRONG: *Nations before nationalism*, UNCP, Chapel Hill, 1982.

(61) Como señala RODRÍGUEZ ABASCAL, «una cosa es "querer vivir juntos" y otra muy diferente "creer ser algo", aunque del creer al querer puede que haya un solo paso» (*op. cit.*, pág. 116).

los concernidos (62). Los teóricos como Miller no postulan una nación pos-étnica; simplemente, reivindican el derecho de cada grupo «nacional» a alimentar las fantasías étnicas que le plazcan: soñar parentescos raciales inexistentes, inventar un glorioso pasado común, etc.

Por lo demás, al conceder a las naciones estas patentes ilimitadas de autoidentificación, el nacionalismo está renunciando a la falsabilidad empírica (63), y por ende también a cualquier pretensión de científicidad. Al hacer esto, desvirtúa en buena medida su «naturaleza» doctrinal: el nacionalismo siempre pasó por ser una teoría que combinaba enunciados prescriptivos («las naciones *deben* autogobernarse») con enunciados *descriptivos* susceptibles de verdad o falsedad, proposiciones que supuestamente aportaban información sobre la realidad empírica («la nación N *existe*, y su identidad viene definida por los rasgos objetivos *x, y, z*») (64). Renunciar al anclaje

(62) Lo que postula MILLER es, en definitiva, el derecho de las «naciones» al autoengaño. Viene al caso, en este sentido, la aguda observación de A. MOUSSET: «Se entiende por nación una agrupación de hombres reunidos por un mismo error sobre su origen y por una común aversión hacia sus vecinos» (citado por J. TAGUIEFF: *op. cit.*, pág. 76).

(63) Ya el historiador nacionalista DROYSEN se despachaba contra la «objetividad eunuca, desligada de todos los vínculos de la nacionalidad [*eunuchische Objektivität, etwunden allen Bänden der Nationalität*]» (vid. J. G. DROYSEN, *Historik: Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1967 [reproducción de la edición de 1858], pág. 287).

(64) Es posible que caracterice al nacionalismo, precisamente, la confusión sistemática de ambos planos discursivos. L. RODRÍGUEZ ABASCAL ha defendido la interesante tesis según la cual las afirmaciones a las que el nacionalismo presenta como descriptivas («X es una nación»: constatación de un hecho), son en realidad normativas o prescriptivas («¡X es una nación!»: llamada a la acción, imposición de un designio o una valoración). Entendidas como proposiciones descriptivas, las afirmaciones del nacionalismo no resisten la *reductio ad absurdum* que hemos esbozado *supra* (incompatibilidad recíproca de los criterios demarcatorios, etc.): «nadie ha conseguido hasta el momento —concluye acertadamente R. ABASCAL— explicar de un modo inteligible a qué se refiere cuando dice que “ser una nación” es un hecho susceptible de ser observado» (*op. cit.*, pág. 118). Las aparentes proposiciones descriptivas del nacionalismo serían, por tanto, *prescripciones disfrazadas de descripciones*: «la única forma correcta de describir el uso del concepto nacionalista de nación es sostener que no tiene un significado descriptivo, sino que su significado es normativo [...] La proposición “X es una nación” no es ni verdadera ni falsa» (*op. cit.*, pág. 125). Cuando un nacionalista afirma «X es una nación», no está constatando ningún hecho, sino emitiendo una valoración: cierto grupo X —que él se reserva la facultad de delimitar— *debe* ser gobernado en cierta forma, por ciertos sujetos: «en el lenguaje del nacionalismo, “nación” tiene un significado normativo por el que se atribuye a cierto grupo de personas la [...] competencia legítima para gobernar cierto ámbito [...]» (*op. cit.*, pág. 122). «X es una nación», por tanto, es en realidad una proposición exhortativa, en virtud de la cual se llama a las personas a instaurar —o, si ya está instaurada, a preservar— determinada fórmula de gobierno sobre cierto territorio: «El nacionalismo no nombra a la nación en vano: siempre lo hace con el propósito de mover a la acción a los individuos», *op. cit.*, pág. 130). El nacionalismo, en fin, resultaría ser una doctrina conceptualmente fraudulenta, en la medida en que intenta encubrir sus

empírico para volar conscientemente a la región de la superstición colectiva representa una muy seria metamorfosis de la doctrina.

4) LAS IDENTIDADES NACIONALES NO VIENEN *DADAS* POR LA REALIDAD HISTÓRICO-SOCIAL, SINO QUE SON *CONSTRUIDAS* POR LA IDEOLOGÍA NACIONALISTA Y POR LOS ESTADOS

En el debate sobre el nacionalismo ha ganado carta de naturaleza una distinción metateórica que, aunque reduccionista como todas las clasificaciones bipolares, resulta bastante esclarecedora: «primordialismo» (o «esencialismo») frente a «modernismo» (65). El eje de la distinción es la interpretación del sentido del nexo causal entre identidad nacional y movimiento nacionalista: ¿qué fue primero, la nación o el nacionalismo? Los teóricos primordialistas dan por buena *grosso modo* la autocomprensión del nacionalismo: las identidades nacionales preexisten a los movimientos nacionalistas y a los Estados nacionales; la nación, comunidad natural, es la «causa» del nacionalismo y del Estado nacional. Comparten el enfoque primordialista —con matices que aquí no podemos detallar— autores como G. Geertz (66), A. D. Smith (67) o A. Hastings (68).

Se inscribirían en la perspectiva «modernista», entre otros, los autores que vienen siendo citados en este trabajo: E. Gellner, E. Kedourie, E. J. Hobsbawm, B. Anderson o L. Rodríguez Abascal. El enfoque modernista invierte la relación causa-efecto entre nación y nacionalismo: el movimiento nacionalista no expresa —o quizás despierta o actualiza, en el sentido de

prescripciones o valoraciones (acerca de quién debe mandar), disfrazándolas de descripciones (acerca de imaginarias esencias nacionales): «[los nacionalismos] son movimientos políticos que proponen modelos normativos de sociedad disfrazándolos de descripciones objetivas o confundiendo con ellas» (*op. cit.*, pág. 183). La tesis de R. ABASCAL es compartida por T. NIPPERDEY, para quien el de «nación» no es un concepto descriptivo, sino un concepto de deber ser [*ein Begriff des Sollens*]: «Nation ist nicht nur, sondern *soll sein*, soll erhalten, befreit, entwickelt, intensiviert werden» (T. NIPPERDEY: «Auf der Suche nach der Identität: Romantischer Nationalismus», en *Nachdenken über die deutsche Geschichte*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1991, pág. 137).

(65) Sobre primordialismo y modernismo, *vid.*, por ejemplo, R. MAÍZ: «¿Etnia o política? Hacia un modelo constructivista para el análisis de los nacionalismos», *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 3, 1994, págs. 103 y ss., así como J. JUARISTI: «Introducción», *cit.*, pág. 13.

(66) Cf. G. GEERTZ: *Old Societies and New States*, Glencoe, Londres, 1963.

(67) Cf. A. HASTINGS: *La construcción de las nacionalidades*, Cambridge University Press, Madrid, 2000.

(68) Cf. A. D. SMITH: *The Ethnic Origins of Nations*, *cit.*

Gellner— a naciones preexistentes, sino que las *crea*. La doctrina nacionalista *construye* o codifica la identidad nacional, aprovechando selectivamente materiales culturales previos (69). Si el movimiento nacionalista alcanza su objetivo (la estatalidad), el Estado-nación resultante *llevará a la práctica* en alguna medida la identidad nacional antes codificada por intelectuales nacionalistas (70). Al final del proceso es posible que terminemos encontrando una comunidad relativamente homogénea, con una lengua común, un estilo de vida hasta cierto punto uniforme, etc.; es decir, una sociedad parecida a lo que los nacionalistas llaman «nación». Pero esa comunidad no será la prístina entidad primordial que imaginan los nacionalistas, sino que habrá sido *producida* por el propio nacionalismo y por el Estado nacional.

Desde la perspectiva modernista, por tanto, el nacionalismo «no es lo que a él le parece ser» (71). Cree ser un movimiento que defiende los derechos de naciones previas, pero en realidad es un movimiento inventor-forjador de naciones. De algún modo, es demasiado modesto en su autocomprensión: subestima su propia labor, entendiéndola como auxiliar o ancilar (liberar, despertar, restaurar a las naciones), cuando en realidad es central y demiúrgica. El nacionalismo cree servir a naciones «primordiales», subsistentes por sí mismas, pero de hecho las crea.

El proceso de «construcción» o formulación de la identidad nacional incluiría múltiples facetas, que aquí no podemos abarcar. Por lo demás, los diversos teóricos modernistas adjudican matices valorativos distintos a esta labor, como hace notar B. Anderson (72). En Gellner, por ejemplo, es frecuente un acento peyorativo: «construcción» parece simplemente sinónimo de falsificación (por ejemplo: «las culturas cuya resurrección y defensa se arrojan [los nacionalismos] son frecuentemente de su propia invención») (73). Sin duda la imaginación nacionalista sigue a veces derroteros abiertamente

(69) «El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa. No puede negarse que aprovecha —si bien de forma muy selectiva, y a menudo transformándola radicalmente— la [...] riqueza cultural preexistente, heredada históricamente. Es posible que se hagan revivir lenguas muertas, que se inventen tradiciones y que se restauren esencias originales completamente ficticias» (E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 80).

(70) M. HROCH distinguió tres fases en el proceso: una primera en la que minorías intelectuales «descubren» y codifican la identidad nacional; una segunda, en la que tal identidad es divulgada entre la población y activada políticamente por partidos nacionalistas; una tercera, en la que la mayoría de la población asume efectivamente los rasgos identitarios en cuestión, casi siempre gracias a la labor uniformizadora del Estado nacional correspondiente (cf. M. HROCH: *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, U. Karlova, Praga, 1968).

(71) E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 81.

(72) B. ANDERSON: *Imagined communities*, cit., pág. 6.

(73) E. GELLNER: *op. cit.*, pág. 81.

fraudulentos, sobre todo en la lectura distorsionante del pasado histórico (74): magnificación de anécdotas a la categoría de hechos decisivos y viceversa, invención de tradiciones, etc. (75). Pero más a menudo la construcción de identidad consiste en el aprovechamiento sesgado de datos reales: énfasis selectivos, omisión de los hechos que no encajan en el arquetipo nacional en construcción, etc. Autores como D. Miller enjuician más benignamente que Gellner este tipo de «percepción significativa», selectiva o re-constructiva.

La «normalización» de las lenguas nacionales es una manifestación típica de la construcción de identidad nacional. *Normalización* no es fabricación *ex nihilo* de nuevos idiomas, ni resurrección de lenguas muertas —aunque la Historia del nacionalismo conozca algún caso espectacular de esto último, como la reanimación del hebreo por el movimiento sionista— sino codificación y potenciación de lenguas ya existentes, pero quizás carentes de desarrollo literario o afectadas por una grave dispersión dialectal (76). La fijación y divulgación de lenguas nacionales por la *intelligentsia* nacionalista jugó un papel central en la producción de conciencia nacional, sobre todo en la Europa central y oriental en el siglo XIX (77). Esta tarea incluye, no sólo

(74) El nacionalismo propende incorregiblemente a la Historia-ficción. Ya RENAN señaló que «el *olvido*, y hasta yo diría que el *error* histórico, son un factor esencial en la creación de una nación» (E. RENAN: *op. cit.*, pág. 65). El nacionalista D. MILLER reconoce que la fabricación de identidad nacional requiere una dosis de imaginación histórica: «se confeccionan *relatos* acerca del pasado histórico del pueblo que habita el territorio ahora definido como nacional» (D. MILLER: *op. cit.*, pág. 53). El nacionalismo es esencialmente narrativo: la Historia real —compleja, contradictoria, carente de «hilo argumental»— es sustituida por *historias* maniqueas y lineales en las que los nacionales siempre luchan heroicamente contra infames opresores: las «historias de nacionalistas» a las que se refieren C. C. O'BRIEN (*vid.* su magnífico *Voces ancestrales: religión y nacionalismo en Irlanda*, Espasa, Madrid, 1999) y J. JUARISTI: «Narraciones sacrificiales de amor y de inmolación, de heroísmo y de culpa, de traiciones y derrotas» (*El bucle melancólico*, *cit.*, pág. 18).

(75) Cf. al respecto E. J. HOBBSBAM-T. RANGER (eds.): *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge (Mass.), 1983. Para el caso vasco, J. JUARISTI: *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987.

(76) Sobre la «normalización» lingüística en Europa central, *vid.* H. SETON-WATSON: *op. cit.*, pág. 430 y ss.

(77) H. SCHULZE es categórico al respecto: «La mayoría de las lenguas nacionales que hoy parecen tan duraderas y arraigadas [...] fueron normalizadas por vez primera en el curso del siglo XIX, creadas a partir de [...] las hablas cotidianas populares y fundidas en la forma estricta de una lengua escrita gramaticalmente estandarizada, incluso en parte inventadas por vez primera» (H. SCHULZE: *Estado y nación...*, *cit.*, pág. 139). Representarían una excepción, sin duda, las grandes lenguas de cultura occidentales, como el inglés, el francés o el español. La afirmación de SCHULZE se refiere a lenguas europeo-orientales y escandinavas, así como a algunas europeo-occidentales periféricas, como el vascuence, el occitano o el gaélico. Pero incluso lenguas literariamente desarrolladas como el alemán y el italiano adolecieron de una

aspectos técnicos (estandarización gramatical, compilación de diccionarios, etc.), sino también a veces importantes dosis de fabulación histórico-filológica (invención de un brillante pasado literario para lenguas virtualmente ágrafas) (78). En ocasiones, la decisiva labor es asumida prácticamente por un solo «instaurador de naciones»: así, A. Korais crea la *katharévusa* —lengua nacional de la Grecia moderna— incrustando elementos de griego clásico en dialectos populares; un papel fundacional similar jugarán B. P. Mumuleanu para el rumano, I. Aasen para el noruego, A. Bernolák para el eslovaco o V. S. Karadzic para el serbio modernos.

Si la fase «teórica» de la construcción de identidad («normalización» de lenguas, revisión de la Historia, selección de rasgos identitarios) puede ser asumida por minorías intelectuales (79), la fase «práctica» (homogeneiza-

notable dispersión dialectal hasta la aparición de los respectivos Estados nacionales, que impondrían el *Hochdeutsch* y una variante culta del dialecto toscano como el «alemán» y el «italiano» definitivos.

(78) En Bohemia, el movimiento nacionalista intentó hacer valer el checo como seña de identidad nacional desde principios del siglo XIX (aunque lo cierto es que el checo sólo lo hablaban los campesinos, en tanto las clases ilustradas usaban el alemán). La «normalización» incluyó —además de la habitual confección de gramáticas, diccionarios, etc.— la falsificación en 1817-18 de manuscritos que supuestamente contenían poemas medievales en checo (típico intento de fabricarle a una lengua rústica un venerable pasado literario). *Vid.* al respecto H. SETON-WATSON: *Nations and States*, cit., pág. 152.

(79) La *intelligentsia* nacionalista, especialmente en Europa central, suele proceder de un segmento social muy definido: la «burguesía del conocimiento» (*Bildungsbürgertum*, *bourgeoisie des talents*), integrada por profesores, profesionales liberales, funcionarios, escritores, etc. (*vid.* al respecto B. GIESEN: *Die Intellektuellen und die Nation: eine deutsche Achsenzeit*, Suhrkamp, Francfort del M., 1993, págs. 105 y ss.; H. JAMES: *A German Identity: 1770 to the Present Day*, Phoenix Press, Londres, 2000, pág. 42 y H. SCHULZE: *The Course of German Nationalism: from Frederick the Great to Bismarck*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1994, págs. 45 y ss.; así como E. KEDOURIE: *op. cit.*, pág. 31; H. KOHN: *op. cit.*, págs. 282-283; A. DIECKHOFF: *op. cit.*, págs. 55 y ss.). Se diferencian del pueblo llano por su nivel de ilustración, y no, como en el caso de la burguesía industrial-comercial, por su estatus económico, ni, como en el caso de la aristocracia, por el linaje, los privilegios legales y la posesión de tierras. Con frecuencia alimentan resentimiento hacia una sociedad en la que la cuna y el dinero lo son todo y, en la que, en su opinión, no están suficientemente reconocidas la inteligencia y la cultura. Esta frustración social será sublimada por ellos en frustración nacional: así como la sociedad plutocrática vigente no les pondera a ellos en su justo valor, así el orden internacional establecido impide que sus respectivas *Kulturnationen* —Alemania, Hungría, etc.— gocen de un Estado unificado propio. Teorizan, pues, la *Kulturnation* como una entidad necesitada de redención, una entidad a la que se debe hacer justicia (a saber, concederle un Estado propio): y la redención nacional representará simultáneamente la redención social de la *Bildungsbürgertum* (pues ellos, los intelectuales nacionalistas, se verán promovidos a la posición central de codificadores de la identidad nacional y salvadores de la patria: esta identificación inconsciente del destino nacional con el destino de la *Bildungsbürgertum* en cuanto clase frustrada ha sido brillantemente analizada por B. GIESEN: *op. cit.*, págs. 145 y

ción de la población «nacional» con arreglo a las señas de identidad codificadas por los teóricos, realización *material* del arquetipo nacional), en cambio, sólo puede ser completada exitosamente si se controla el poder político. De ahí la emergencia de partidos nacionalistas, orientados a la obtención de la soberanía estatal. Si consigue su Estado, el movimiento dispondrá de instrumentos uniformizadores formidables: a través del sistema educativo podrá ser efectivamente generalizada la *koiné*, la lengua ungida por la doctrina como nacional (80), e inculcada la versión nacionalista del pasado histórico; el control de los medios de comunicación —cuya importancia en la generación de conciencia nacional en la era del «capitalismo editorial» ha sido resaltada por B. Anderson (81)— permitirá difundir adecuadamente el «relato» nacional; los recursos coercitivos policiales y militares propios de un Estado moderno funcionarán eventualmente como *ultima ratio* para el sometimiento de individuos o grupos remisos a la nacionalización (82)... El Estado es el más poderoso agente nacionalizador, el más eficaz realizador y propagandista de las identidades nacionales imaginable.

ss.). Por otra parte, representan una *intelligentsia* laica y moderna que entrará inevitablemente en conflicto con la *intelligentsia* clerical tradicional. La cultura «popular»-nacional —«descubierta» y reconstruida a su arbitrio por los intelectuales nacionalistas— chocará con la cultura sagrada-eclesiástica. De ahí que las iglesias —al menos sus jerarquías; el bajo clero se muestra en ocasiones más permeable al nacionalismo— se opongan en general a los movimientos nacionalistas en sus comienzos: en Grecia, el Patriarcado ortodoxo desconfiará del tono paganizante del movimiento panhelénico de principios del XIX, que busca los mitos nacionales en la Grecia precristiana, y no en la tradición bizantino-ortodoxa; en Polonia, Bohemia, Eslovaquia, etc. la jerarquía eclesiástica permanecerá hostil a las reivindicaciones nacionalistas, cuya realización implicaría el fraccionamiento del pueblo cristiano (*vid.* al respecto A. DIECKHOFF: *op. cit.*, págs. 56-57, así como H. SETON-WATSON: *op. cit.*, pág. 112).

(80) Aunque el mapa lingüístico siga en absoluto sin coincidir con el político, es preciso reconocer que 200 años de nacionalismo y Estados nacionales han propiciado un índice de superposición mayor que en otras épocas, pues cada Estado nacional se cuida de imponer una *koiné* en su territorio. Pero la convergencia cultura-política no tiene lugar en la dirección imaginada por los nacionalistas: no es el mapa político el que se adapta al mapa lingüístico previo, sino que son las lenguas las que tienden a ajustarse a las fronteras políticas: «Detrás del incremento del número de lenguas escritas y estructuradas —comenta en este sentido A. DE BLAS— se encuentra siempre la voluntad política manifestada en la forma de nuevos Estados o en el surgimiento de significativos movimientos nacionalistas. En cierta medida, las lenguas han ido acomodándose a las demandas políticas [...]» (A. DE BLAS: *Nacionalismos y naciones en Europa*, cit., pág. 105).

(81) B. ANDERSON: *Imagined Communities*, cit., especialmente págs. 44 y ss.

(82) J. J. SEBRELI propone una versión especialmente enérgica de la tesis «modernista»: «El Estado [...] no es [...] la emanación de una nacionalidad preexistente e inmemorial, sino que, por el contrario, la nacionalidad es sólo la manifestación ideológica del Estado, forjada voluntariamente mediante la educación, el culto fetichista de los símbolos y también la coerción» (J. J. SEBRELI: *El asedio a la modernidad: crítica del relativismo cultural*, Ariel, Barcelona, 1992, pág. 207).

A la luz de lo anterior, se hace más fácil comprender por qué la correlación Estados-naciones es vital para el nacionalismo. El Estado nacional no es la respuesta a la necesidad primordial de una nación preexistente, naturalmente deseosa de autogobierno, sino el medio a través del cual puede *llegar a existir* la «nación» potencial que el nacionalista ha teorizado (83). Los nacionalistas saben que los medios estatales pueden permitirles llevar a la práctica sus fantasías identitarias; de ahí que hagan de la «conquista del Estado» su objetivo supremo (84).

5) EL «NACIONALISMO CÍVICO» NO ES NACIONALISMO

Las teorías sobre el nacionalismo han intentado inventariar diversas modalidades del fenómeno nacionalista, acuñando las tipologías correspondientes (85). Merece atención la distinción entre nacionalismo «étnico» y nacionalismo «cívico», tangencialmente evocada ya *supra*. Fue perfilada ya en buena medida por H. Kohn, quien distinguió una variedad «occidental» (cívico-contractualista) y una variedad «alemana» u «oriental» (étnico-objetivista) de nacionalismo (86). A. D. Smith, por su parte, ha distinguido, con

(83) JUARISTI lo formula con singular claridad: «Para el nacionalista, la función del Estado es nacionalizar, es decir, nivelar, asimilar, hacer de una población heterogénea —dividida en grupos dialectales, lealtades tribales y religiones diferentes— un cuerpo de ciudadanos que hablen la misma lengua y se consagren al engrandecimiento de la nación [...] El Estado (la escuela, el ejército) constituye la única garantía material de la producción y reproducción de la nación [...] Sin Estado nacional no habría nación» (J. JUARISTI: «Introducción», en J. A. HALL: *Estado y nación*, cit., p. 10).

(84) El ejemplo histórico más acabado de «Estado nacionalizador» es la Francia republicana. La Francia heterogénea y asimétrica de los Borbones (en la que, por ejemplo, lenguas regionales como el bretón, el vascuence o el catalán conservaban una notable implantación) será sometida tras la Revolución a una implacable uniformización, en la que la escuela pública —especialmente tras las reformas de JULES FERRY a finales del s. XIX— jugará un papel central. La «francización», impulsada metódicamente por el poder estatal, comportará, entre otras cosas, la laminación de las culturas regionales: «il n'était pas question —comenta DIECKHOFF— pour les fondateurs de la Troisième République d'admettre que l'on puisse être citoyen français tout en restant de "culture primaire" basque, bretonne ou catalane». *Vid.* A. DIECKHOFF: *op. cit.*, págs. 74 y ss.

(85) La tipificación suele vehicular connotaciones valorativas: se trataría de distinguir al nacionalismo «bueno» del «malo». Esto es claro en A. D. SMITH: «Lo que necesitamos [...] es hacer más discriminatoria nuestra percepción del nacionalismo, es decir, adoptar algún criterio que nos ayude a distinguir las formas "saludables" de nacionalismo de las "patológicas" y peligrosas» (A. D. SMITH: «Tres conceptos de nación», *Revista de Occidente*, núm. 161, octubre 1994, pág. 15).

(86) Según KOHN, el nacionalismo «occidental» procedería de la Ilustración, y se caracterizaría por su entraña voluntarista (la esencia de la nación sería la voluntad de convivencia, al margen de las afinidades objetivas que puedan existir entre los nacionales), por su vocación

terminología quizás más afortunada, un nacionalismo «cívico» de un nacionalismo «étnico» (87). En un sentido similar, A. Finkelkraut ha contrapuesto la «nación-contrato» a la «nación-genio» (88), y A. Renaut ha hecho lo propio con la «nación ilustrado-revolucionaria» y la «nación romántica» (89). En la doctrina francesa se alude frecuentemente a la concepción cívico-contractualista de la nación —a saber, el nacionalismo «bueno», compatible con los valores democráticos— con la expresión «concepción republicana», o, incluso, «concepción francesa» de la nación (90). Pero Lord Acton llamó «concepción inglesa de la nación» a la nación-contrato y «concepción francesa» a la nación-tribu (es decir, al nacionalismo «malo») (91). La teoría del nacionalismo no está libre, pues, de chauvinismos ni de confusión terminológica.

El nacionalismo «étnico» vendría a corresponderse con lo que en este trabajo venimos denominando nacionalismo *tout court*: la creencia en la existencia de naciones, empíricamente identificables en base a diferencias objetivas y llamadas a la autodeterminación política. La nación se basa, por tanto, como indica Renaut, en «vínculos naturales orgánicos», y no en la «adhesión reflexiva» (92). En la perspectiva del nacionalismo «étnico», la pertenencia a la nación no es producto de una opción personal, sino un hecho objetivo e inescapable: pertenecen a la nación aquellos que reúnen los rasgos inclusivos (raciales, lingüísticos, etc.) pertinentes, rasgos independientes de la voluntad de sus portadores.

proyektiva o «futurista» (la nación como proyecto, como intención de permanecer juntos en el futuro) y por su compatibilidad con el liberalismo y el cosmopolitismo; el nacionalismo «alemán» sería un producto del romanticismo irracionalista (línea HERDER-FICHTE), y se caracterizaría por la concepción tribalista de la nación (la nación como comunidad natural, basada en afinidades étnicas), por la orientación hacia el pasado (son las raíces u orígenes comunes las que confieren su identidad a la nación) y por su incompatibilidad con el individualismo liberal (cf. H. KOHN: *Historia del nacionalismo*, cit., págs. 280 y ss., así como *The Idea of Nationalism*, Macmillan, Londres, 1944, cap. 8).

(87) A. D. SMITH: *National Identity*, Penguin Books, Harmondsworth, 1991, págs. 11 y ss.

(88) A. FINKELKRAUT: *La derrota del pensamiento*, trad. de J. JORDÀ, Anagrama, Barcelona, 1990, págs. 31 y ss.

(89) A. RENAUT: «Lógicas de la nación», en G. DELANNOI-P. A. TAGUIEFF (eds.): *Teorías del nacionalismo*, cit., págs. 42 y ss.

(90) *Vid.*, por ejemplo, L. DUMONT: *L'ideologie allemande: France-Allemagne et retour*, Gallimard, París, 1991, págs. 15 y ss. RENAUT, sin embargo, reconoce que «sería injusto remitir pura y simplemente las dos ideas de nación a la tradición francesa y a la tradición alemana, respectivamente», pues la concepción étnica encontró también en Francia defensores destacados, como BARRÉS o MAURRAS (A. RENAUT: *op. cit.*, págs. 45-46).

(91) J. E. DALBERG-ACTON: «Nacionalidad», en *Ensayos sobre la libertad y el poder*, Civitas, Madrid, 1959, págs. 273 y ss.

(92) A. RENAUT: «Lógicas de la nación», cit., pág. 46.

Históricamente, el nacionalismo étnico surge como una reacción romántico-colectivista frente a las teorías políticas ilustradas, de signo individualista y contractualista (93). La teoría del contrato social había pretendido consagrar la prioridad —no cronológica, sino entitativa y axiológica— del individuo sobre el grupo: el Estado es una «máquina política», un artificio diseñado y controlado por los individuos; los hombres deciden asociarse para mejor realizar sus intereses y derechos individuales. El nacionalismo étnico pretende invertir esa prelación: no son los individuos los que crean a la nación, sino la nación la que crea a los individuos (94). Frente a la nación-contrato ilustrada, el nacionalismo romántico hace valer el modelo de la nación-organismo (95): la nación preexiste a sus miembros y les sobrevive, igual que un animal sobrevive a la renovación de sus células. Subyace aquí, sin duda, una inspiración «holista»: la nación tiene vida y fines propios; la nación es «algo más» que los individuos que la componen: el interés nacional, cabe colegir, debe prevalecer frente a los mezquinos intereses individuales (96). Esta componente holista

(93) Sobre el contrato social como teoría política ilustrada *par excellence*, vid. E. CASSIRER: *Filosofía de la Ilustración*, trad. de E. ÍMAZ, 3.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, págs. 134-135. Sobre los vínculos entre Romanticismo y nacionalismo, vid. T. NIPPERDEY: «Romantischer Nationalismus», cit., págs. 132 y ss.

(94) En la perspectiva nacionalista, la nación «crea» al individuo preformando su sensibilidad y su mundo de significados, como brillantemente explica FINKIELKRAUT: «[Para el nacionalismo romántico el hombre es] la obra de su nación, el producto de su entorno y no al revés, como creían los filósofos de las Luces [...]. La nación —a través de la organización social y de la lengua— introduce en la experiencia de los seres humanos unos contenidos y unas formas más antiguos que ellos y que escapan a su control [...] El hombre no se pertenece a sí mismo; se articula, previamente a cualquier experiencia, sobre algo que le es ajeno. Así se ve despojado de la posición de autor en la que los *philosophes* habían creído poder establecerle» (A. FINKIELKRAUT: *op. cit.*, págs. 31 y 20-21). En un sentido similar DUMONT: «[Au fond du nationalisme allemand] il y a une perception holiste de l'essence de l'homme: je suis ce que ma communauté m'a fait» (*L'idéologie allemande*, cit., pág. 23). En FICHTE, por ejemplo, la nación modela o constituye a los individuos a través de la lengua: «No son los hombres quienes forman la lengua, sino la lengua la que los forma a ellos»; «la lengua acompaña al individuo hasta lo más recóndito de su pensar y su querer» (J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, trad. de M. J. VARELA y L. A. ACOSTA, Tecnos, Madrid, 1988, págs. 66 y 78).

(95) Una de las primeras formulaciones organicistas del concepto de nación la encontramos en el FICHTE de los *Discursos*...: «Un pueblo es un *todo* natural y consciente de sí mismo»; «[la nación es] una *individualidad sustentada en sí misma* e incapacitada para cualquier dependencia», J. G. FICHTE: *Discursos*... cit., págs. 14 y 139.

(96) Así lo reconoce T. NIPPERDEY: «Bei den romantischen Nationalisten hat das Kollektivum- Volk oder Nation- einen Vorrang vor dem Individuum: es ist ihm vor- und übergeordnet» (*Romantischer Nationalismus*, cit., pág. 137). La subordinación del individuo al *todo* nacional cobrará inquietantes acentos totalitarios en FICHTE; para él, la nueva educación nacional deberá inculcar en los jóvenes la idea de «que cada uno sepa que *se debe al todo* y, si llegara el caso, que disfrute o padezca con el todo. [...] El educando ha de someterse al impe-

hace muy problemática la compatibilidad del nacionalismo étnico con el liberalismo y con los derechos humanos, como indicara Kohn (97), y como intuiera ya en su momento Lord Acton.

Enfrente tendríamos al llamado «nacionalismo cívico». Si el nacionalismo étnico fue producto de una reacción antiilustrada, el «nacionalismo» cívico es, en cambio, un producto de la Ilustración. Su formulación paradigmática se encuentra en la famosa definición de E. Siéyès: «La nación es un cuerpo de asociados que viven bajo una ley común y que están representados por la misma legislatura» (98). Aquí es decisivo el término «asociados», que remite a un vínculo «artificial», libremente asumido, y no a un insoslayable destino étnico (99). Para Siéyès, por tanto, la argamasa de la nación no es la sangre, ni el *Volksgeist*, ni la lealtad a los antepasados, ni las afinidades culturales, sino exclusivamente la *voluntad* de los socios. La voluntad de convivencia encuentra su expresión y su cauce en un marco jurídico-institucional: «una ley común», unos mismos órganos de representación política.

Descartadas la sangre, la religión o la lengua como vínculos definitorios, la nación cívica ve reducida su identidad al territorio y a las leyes comunes. El «nacionalismo» cívico es más decisivamente *territorial* que el étnico: puede concebirse una nación étnica desterritorializada, que sobrevive durante largos periodos a la diáspora geográfica (así, Israel hasta 1948); la nación cívica, en cambio, necesita un solar geográfico claramente definido, en el cual rige el «contrato» en que ella supuestamente consiste. El territorio compartido y la lealtad a las leyes comunes son la única argamasa de la nación cívica. Algunos autores se refieren al segundo elemento —la aceptación del marco jurídico-institucional— con expresiones como «cultura pública» o «cultura cívica» (que se contrapondría a la «cultura ancestral» —religión, lengua, costumbres, etc.— del nacionalismo étnico), o incluso «religión ci-

rativo del todo a partir del amor a la patria [...]» (J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, cit., pág. 186). «Para este objetivo —señala FICHTE en otro pasaje— hay que restringir la libertad natural del individuo de varias formas; [...] se hará bien [...] si se la limita lo más posible, sometiendo sus emociones a una norma uniforme y manteniéndolas bajo vigilancia permanente» (*Discursos...*, cit., págs. 142-143).

(97) *Vid.* nota 86. Sobre la vocación holista y anti-individualista del nacionalismo étnico comenta A. D. SMITH: «El objetivo del nacionalismo étnico es toda la comunidad, en vez de serlo el ciudadano como miembro individual de la nación. El "pueblo" [...] se convierte en depositario de la virtud y la verdad» («Tres conceptos de nación», cit., pág. 11).

(98) E. SIÉYÈS: *¿Qué es el Tercer Estado?*, trad. de M. LORENTE y L. VÁZQUEZ, Alianza, Madrid, 1989, pág. 51.

(99) Como señala RENAUT, el nacionalismo cívico inscribe la idea de nación en una perspectiva constructivista-artificialista: «más que un cuerpo al que se pertenece, la nación revolucionaria es un edificio que se construye a partir de un vínculo contractual y que ha de pensarse, pues, en términos de voluntad» (A. RENAUT: *op. cit.*, pág. 43).

vil» (100). Serían manifestaciones de tales fenómenos como el conocimiento memorístico de los artículos más importantes de la Constitución (muy frecuente, por ejemplo, en los EE.UU.), las juras de bandera, celebraciones constitucionales y demás rituales de ese tipo.

Ahora bien, la residencia en el territorio nacional y la aceptación del marco jurídico correspondiente pasan por ser, desde la lógica nacionalista-cívica, rasgos electivos. Se supone que uno vive en determinado lugar y acepta ciertas reglas de convivencia porque así lo desea: la pertenencia a la nación es voluntaria. De ahí que, desde la perspectiva del «nacionalismo» cívico, resulte posible cambiar de nacionalidad. Bentham recibiendo la ciudadanía francesa en 1792 o Fichte autoproclamándose «francés espiritual» hasta 1799 —antes de girar a un nacionalismo étnico virulentamente francófono— serían emblemas históricos de aquél. Para el nacionalismo étnico, en cambio, la «naturalización» es un dislate o una traición: «la idea de la naturalización —escribirá Vacher de Lapouge— es un disparate biológico y un sinsentido político. Fabricar franceses por decreto, ingleses artificiales o alemanes postizos es una de las más lindas aberraciones del Derecho [...]» (101).

La voluntad es, pues, la entraña de la nación cívica. La referencia clásica al respecto es el opúsculo de E. Renan *¿Qué es una nación?*: el autor de la *Vida de Jesús* pasa revista a los diversos criterios de identificación nacional utilizados por el nacionalismo étnico —la raza, la lengua, la religión, los «intereses», la geografía— concluyendo que ninguno de ellos es aceptable (en relación con la lengua está dispuesto a conceder que «invita a la unión», aunque «no fuerza a ella») (102). Sólo «el consentimiento, el deseo claramente expresado de continuar la vida en común», y no el *pedigree* étnico, puede ser el fundamento de la nación: «La existencia de una nación es (perdóneme esta metáfora) un plebiscito de todos los días» (103).

La obra de Renan, sin embargo, deja que desear en cuanto teoría de la nación cívica. De un lado, el famoso principio voluntarista citado *supra* es

(100) Cf. A. D. SMITH: «Tres conceptos de nación», cit., págs. 8-9).

(101) «No se entra por decreto ni en una familia ni en una nación», concluye LAPOUGE. «La sangre que uno trae en las venas al nacer se conserva durante toda la vida. El individuo es aplastado por su raza y no es nada. La raza, la nación, lo son todo» (G. VACHER DE LAPOUGE: *L'Aryen: son rôle social*, Albert Fontemoing, Paris, 1899, págs. 366 y 368, citado por J. A. TAGUIEFF, cit., pág. 151). En SABINO ARANA encontramos otra pintoresca afirmación de la irreversibilidad de la identidad nacional: «a los vascos, en ese concepto étnico, nadie podrá hacerlos españoles ni a tiros de cañón, por la sencilla razón de que la naturaleza tiene más fuerza que los hombres» («Comunicado», en *La Patria*, 29-06-1902; citado por J. JUARISTI: *El bucle melancólico*, cit., pág. 179).

(102) E. RENAN: *¿Qué es una nación?*, cit., pág. 76.

(103) E. RENAN: *op. cit.*, pág. 83.

contrapesado por un principio objetivista: «la posesión en común de un rico legado de recuerdos». Renan propone en realidad un criterio bifronte, uno de cuyos elementos mira al pasado y otro al futuro: «tener glorias comunes en el pasado, una voluntad común en el presente; haber hecho grandes cosas juntos, querer hacerlas todavía: he aquí las condiciones esenciales para ser un pueblo» (104). La componente de objetividad y continuidad histórica aportada por el «rico legado de recuerdos» comunes emparentaría paradójicamente a Renan con el nacionalismo étnico (una de cuyas características, según vimos, es la obsesión por las raíces y el pasado). Por otra parte, su argumentación obedece a una inspiración coyuntural: los elementos voluntaristas parecen haber sido injertados *ad hoc* para defender la posición francesa en el conflicto sobre Alsacia-Lorena; antes de 1870, Renan profesaba una visión más objetivista de la nación, como ha mostrado A. de Blas (105). El célebre «plebiscito» no es, en la intención de Renan, otra cosa que un referéndum de autodeterminación que permita a los alsacianos —efectivamente germánicos en lengua y ascendencia, pero deseosos de seguir siendo ciudadanos franceses— permanecer en su patria de elección (106).

La idea del plebiscito cotidiano, por lo demás, es «voluntarista» en un doble sentido: en su apelación a la voluntad de los ciudadanos como verdadero fundamento de la nación y en el de idealización, ficción o *wishful thinking*. Es obvio que las «naciones» no someten a plebiscito la continuación de su existencia, ni preguntan a sus miembros si desean pertenecer a ellas: el propio Renan parece consciente de ello cuando pide disculpas por su atrevida «metáfora».

El «nacionalismo» cívico no resulta, por tanto, mucho más convincente que el étnico. Simplemente, el mito etnicista de la comunidad de orígenes y la afinidad objetiva es reemplazado por el mito contractualista de la voluntad de convivencia perpetuamente renovada. No parece realista presentar a la «nación» como un club en el que se ingresa voluntariamente y se permanece sólo el tiempo que se desea. Nadie escoge el país en el que nace, y el cambio de nacionalidad resulta una posibilidad remota para la mayoría de las personas, por razones jurídicas, económicas y culturales (tortuosos requisitos legales, dificultades que comporta la emigración, etc.). Ya Hume señaló irónicamente que, para los hombres que no son muy ricos, la teórica posibilidad de abandonar la patria de origen es tan vacua en la práctica como la capacidad de un marinero para abandonar la nave en alta mar saltando por la bor-

(104) E. RENAN: *op. cit.*, pág. 82.

(105) *Vid.* A. DE BLAS: «Estudio preliminar», en E. RENAN: *op. cit.*, págs. 29 y ss.

(106) «Alsacia es alemana por lengua y por raza; pero no desea formar parte del Estado alemán: esto zanja la cuestión» (E. RENAN: «Nueva carta a Strauss», en *¿Qué es una nación?*, cit., pág. 116).

da (107). Y muy pocas poblaciones en la Historia han sido consultadas acerca de si deseaban pertenecer a determinada «nación»; *referenda* como los del Sarre o Quebec suponen la irrelevante excepción (108).

Por otra parte, la nación-contrato, llevada a sus últimas consecuencias lógicas, desembocaría en la autonegación por expansión indefinida (109). Si el único requisito para pertenecer a la nación es la aceptación de las cláusulas del «contrato» pertinente, aquélla puede extenderse hasta incluir a toda la especie. La idea de nación cívica, coherentemente desarrollada, conduce al cosmopolitismo (110). Una verdadera nación-contrato no podría, en rigor, imponer restricción alguna a la inmigración y la naturalización: la nación cívica está potencialmente abierta a todos. Pero una «nación universal», abierta a toda la Humanidad, es una *contradictio in adjecto*. Si «nacionalidad» significa algo, se trata de una categoría sectorial, fraccionaria: una subdivisión de la especie. La nación no puede crecer hasta abarcar a toda la Humanidad, por las mismas razones lógicas por las que la parte no puede contener al todo.

Con todo, nuestro objetivo aquí no es criticar las inconsistencias de la idea de nación-contrato, sino mostrar que se trata de una idea *no nacionalista*. Estimo más acertado excluir al llamado «nacionalismo cívico» del campo semántico de «nacionalismo». Sólo el nacionalismo étnico es, a mi modo de ver, auténtico nacionalismo. Convertir la nacionalidad en la adhesión voluntaria a ciertas reglas de convivencia equivale —además de a «sublimar» o tergiversar en un sentido idealista la realidad existencial de la mayoría de los hombres, que no tie-

(107) «¿Podemos afirmar en serio que un pobre campesino es libre de abandonar su país, cuando no conoce la lengua o las costumbres de otros y vive al día con su pequeño salario? Sería como si afirmásemos que, dado que sigue en el barco, un hombre consiente libremente en obedecer a su capitán, aunque lo llevaron a bordo mientras dormía y para dejar el navío tendría que saltar al mar y perecer» (D. HUME: «Del contrato original», en *Ensayos políticos*, trad. de C. A. GÓMEZ, Tecnos, Madrid, 1987, pág. 105).

(108) Como indica L. RODRÍGUEZ ABASCAL, «hasta ahora la mayoría de los seres humanos no pueden elegir qué Estado desean que les gobierne», pues «para la mayoría de las personas no hay alternativas prácticas a la pertenencia a cierto Estado específico» (L. R. ABASCAL: *op. cit.*, pág. 112). En un sentido similar D. MILLER: «Por supuesto, a veces la gente elige su nacionalidad —por ejemplo, cuando emigran con la intención de convertirse en norteamericanos o británicos—. Pero debemos contemplar estos casos como excepciones a la regla general: no se podrían tener identidades nacionales en un mundo en el que cada cual eligiera su “nación”» (D. MILLER: *op. cit.*, pág. 63).

(109) El propio RENAN intuye la caducidad de la nación-contrato: «Las naciones no son algo eterno. Han tenido un inicio y tendrán un final. Probablemente la confederación europea las reemplazará» (*op. cit.*, pág. 84).

(110) Así lo hace notar A. RENAUT: «La nación revolucionaria se piensa [...] sobre el fondo de su propia desaparición como nación distinta de las demás cuando la comunidad democrática se haya extendido al conjunto de los pueblos» (A. RENAUT: *op. cit.*, pág. 45). «Su apertura absoluta [...] la encamina rectamente a la disolución» (*op. cit.*, pág. 52).

nen la impresión de haber realizado elección nacional alguna— a desfigurar el concepto «nación» hasta hacerlo irreconocible. Es consustancial al nacionalismo el entendimiento de la nacionalidad como una determinación necesaria, y no como una opción individual. Ortega y Gasset lo expresó con claridad: «El mismo término nación denota que ella es algo en que “se nace” [...] Es algo previo a toda voluntad constituyente de sus miembros: está ahí antes e independientemente de nosotros, sus individuos» (111). La nación-contrato puede, por tanto, ser un mito, pero es un mito distinto del mito nacionalista.

Si concluimos que el verdadero mito nacionalista es la comunidad natural, étnicamente homogénea, de ello se desprenderían varias consecuencias prácticas. En primer lugar, como sugerimos antes, resultaría oportuno dejar de llamar «nacionalismo» al «nacionalismo cívico». Podrían usarse denominaciones alternativas para la teoría que concibe a la comunidad política como una asociación voluntaria, que no requiere afinidades étnicas entre sus miembros: «contractualismo», «patriotismo constitucional», etc.

En segundo lugar, si la única nación «verdadera» es la nación étnica, y si consideramos que la nación étnica es un mito —o, si se prefiere, una «construcción» ideológica con grandes dosis de arbitrariedad y no susceptible de validación empírica, según vimos *supra*—, lo coherente sería simplemente prescindir del concepto *nación* cuando pretendamos hacer ciencia o filosofía social (si tenemos que emplearlo, distanciémonos al menos con las irónicas comillas que recomendaba Lundstedt para los conceptos «metafísicos»). «¡Adiós a la nación!» es el mensaje que me atrevo a proponer a modo de conclusión. Para designar a las comunidades políticas modernas disponemos ya del concepto *Estado*, sin duda mucho más científico: más empíricamente contrastable, más rigurosamente definible, tanto en su extensión como en su «intensión». Duplicar el *mundo 1* de los Estados con un gaseoso *mundo 2* de naciones implica lastrar a la teoría y la praxis políticas con una infinidad de falsos problemas derivados de la interacción entre ambos mundos. *Frustra fit per plura quod potest fieri per pauciora*, escribió Guillermo de Ockham. Si las ciencias sociales desenmascaran definitivamente a la nación como una fantasmagoría, contribuirán a que los ciudadanos vayan descreyendo progresivamente de la superstición nacionalista. Y, si esto llega a ocurrir, quizás el siglo XXI se vea libre de las mantanzas patrióticas que se han cobrado tantas víctimas en el XX (112).

(111) J. ORTEGA Y GASSET: *Europa y la idea de nación*, Alianza, Madrid, 1985, pág. 63.

(112) Las querellas y revanchismos nacionalistas jugaron un papel decisivo en la génesis de ambas guerras mundiales: más que la «lucha por los mercados», el reparto colonial o la pugna ideológica liberalismo-fascismo-comunismo. *Vid.* al respecto G. FORTELLA: *La revolución del siglo XX: capitalismo, comunismo y democracia*, Taurus, Madrid, 2000, págs. 79 y ss.